

BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO



SANTIAGO DE COMPOSTELA

Año CXLV

Febrero 2006

Núm. 3.606

NUESTRA PORTADA

Iglesia parroquial de Santa Margarita en la ciudad de
A Coruña que en el año 2004 celebró
sus primeros 50 años.

Para celebrar esta efeméride se colocó en el atrio
el Cruceiro que vemos en la fotografía.

Depósito Legal: C - 14 – 1981
ISBN 1885-2963

BOLETÍN OFICIAL
DEL
ARZOBISPADO DE SANTIAGO

Año CXLV

Febrero 2006

Núm. 3606

SANTA SEDE

CARTA ENCÍCLICA
DEUS CARITAS EST
DEL SUMO PONTÍFICE BENEDICTO XVI
A LOS OBISPOS,
A LOS PRESBITEROS Y DIÁCONOS,
A LAS PERSONAS CONSAGRADAS
Y A TODOS LOS FIELES LAICOS
SOBRE EL AMOR CRISTIANO

INTRODUCCIÓN

1. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la *Primera carta de Juan* expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él».

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna» (cf. 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del *Libro del Deuteronomio* que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: «Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el *Libro del Levítico*: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (19, 18; cf. *Mc* 12, 29- 31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. *1 Jn* 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro.

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás. Quedan así delineadas las dos grandes partes de esta Carta, íntimamente relacionadas entre sí. La primera tendrá un carácter más especulativo, puesto que en ella quisiera precisar —al comienzo de mi pontificado— algunos puntos esenciales sobre el amor que Dios, de manera misteriosa y gratuita, ofrece al hombre y, a la vez, la relación intrínseca de dicho amor con la realidad del amor humano. La segunda parte tendrá una índole más concreta, pues tratará de cómo cumplir de manera eclesial el mandamiento del amor al prójimo. El argumento es sumamente amplio; sin embargo, el propósito de la Encíclica no es ofrecer un tratado exhaustivo. Mi deseo es insistir sobre algunos

elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino.

PRIMERA PARTE

LA UNIDAD DEL AMOR EN LA CREACIÓN Y EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

Un problema de lenguaje

2. El amor de Dios por nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros. A este respecto, nos encontramos de entrada ante un problema de lenguaje. El término «amor» se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes. Aunque el tema de esta Encíclica se concentra en la cuestión de la comprensión y la praxis del amor en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, no podemos hacer caso omiso del significado que tiene este vocablo en las diversas culturas y en el lenguaje actual.

En primer lugar, recordemos el vasto campo semántico de la palabra «amor»: se habla de amor a la patria, de amor por la profesión o el trabajo, de amor entre amigos, entre padres e hijos, entre hermanos y familiares, del amor al prójimo y del amor a Dios. Sin embargo, en toda esta multiplicidad de significados destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor. Se plantea, entonces, la pregunta: todas estas formas de amor ¿se unifican al final, de algún modo, a pesar de la diversidad de sus manifestaciones, siendo en último término uno solo, o se trata más bien de una misma palabra que utilizamos para indicar realidades totalmente diferentes?

«Eros» y «agapé», diferencia y unidad

3. Los antiguos griegos dieron el nombre de *eros* al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano. Digamos de antemano que el Antiguo Testamento griego usa sólo dos veces la palabra *eros*, mientras que el Nuevo Testamento nunca la emplea: de los tres términos griegos relativos al amor —*eros*, *philia* (amor de amistad) y *agapé*—, los escritos neotestamentarios prefieren este último, que en el lenguaje griego estaba dejado de lado. El amor de amistad (*philia*), a su vez, es aceptado y profundizado en el *Evangelio de Juan* para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos. Este relegar la palabra *eros*, junto con la nueva concepción del amor que se expresa con la palabra *agapé*, denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo, precisamente en su modo de entender el amor. En la crítica al cristianismo que se ha desarrollado con creciente radicalismo a partir de la Ilustración, esta novedad ha sido valorada de modo absolutamente negativo. El cristianismo, según Friedrich Nietzsche, habría dado de beber al *eros* un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio.¹ El filósofo alemán expresó de este modo una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregonar algo de lo divino?

4. Pero, ¿es realmente así? El cristianismo, ¿ha destruido verdaderamente el *eros*? Recordemos el mundo precristiano. Los griegos —sin duda análogamente a otras culturas— consideraban el *eros* ante todo como un arrebató, una «locura divina» que prevalece sobre la razón, que arranca al hombre de la limitación de su existencia y, en este quedar estremecido por una potencia divina, le hace experimentar la dicha más alta. De este modo, todas las demás potencias entre cielo y tierra parecen de segunda importancia: «*Omnia vincit amor*», dice Virgilio en las *Bucólicas* — el amor todo lo vence—, y añade: «*et nos cedamus amori*»,

¹ Cf. *Jenseits von Gut und Böse*, IV, 168.

rindámonos también nosotros al amor.² En el campo de las religiones, esta actitud se ha plasmado en los cultos de la fertilidad, entre los que se encuentra la prostitución «sagrada» que se daba en muchos templos. El *eros* se celebraba, pues, como fuerza divina, como comunión con la divinidad.

A esta forma de religión que, como una fuerte tentación, contrasta con la fe en el único Dios, el Antiguo Testamento se opuso con máxima firmeza, combatiéndola como perversión de la religiosidad. No obstante, en modo alguno rechazó con ello el *eros* como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del *eros* que se produce en esos casos lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza. En efecto, las prostitutas que en el templo debían proporcionar el arrobamiento de lo divino, no son tratadas como seres humanos y personas, sino que sirven sólo como instrumentos para suscitar la «locura divina»: en realidad, no son diosas, sino personas humanas de las que se abusa. Por eso, el *eros* ebrio e indisciplinado no es elevación, «éxtasis» hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el *eros* necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregonar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser.

5. En estas rápidas consideraciones sobre el concepto de *eros* en la historia y en la actualidad sobresalen claramente dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinitud, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el *eros* ni «envenenarlo», sino sanarlo para que alcance su verdadera grandeza.

Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él

² X, 69.

mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del *eros* puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza. El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: «¡Oh Alma!». Y Descartes replicó: «¡Oh Carne!».³ Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor —el *eros*— puede madurar hasta su verdadera grandeza.

Hoy se reprocha a veces al cristianismo del pasado haber sido adversario de la corporeidad y, de hecho, siempre se han dado tendencias de este tipo. Pero el modo de exaltar el cuerpo que hoy constatamos resulta engañoso. El *eros*, degradado a puro «sexo», se convierte en mercancía, en simple «objeto» que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía. En realidad, éste no es propiamente el gran sí del hombre a su cuerpo. Por el contrario, de este modo considera el cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador. Una parte, además, que no aprecia como ámbito de su libertad, sino como algo que, a su manera, intenta convertir en agradable e inocuo a la vez. En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, que ya no está integrado en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, ni es expresión viva de la totalidad de nuestro ser, sino que es relegado a lo puramente biológico. La aparente exaltación del cuerpo puede convertirse muy pronto en odio a la corporeidad. La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetrán recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza. Ciertamente, el *eros* quiere remontarnos «en éxtasis» hacia lo

³ Cf. R. Descartes, *Œuvres*, ed. V. Cousin, vol. 12, París, 1824, pp. 95ss.

divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación.

6. ¿Cómo hemos de describir concretamente este camino de elevación y purificación? ¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Una primera indicación importante podemos encontrarla en uno de los libros del Antiguo Testamento bien conocido por los místicos, el *Cantar de los Cantares*. Según la interpretación hoy predominante, las poesías contenidas en este libro son originariamente cantos de amor, escritos quizás para una fiesta nupcial israelita, en la que se debía exaltar el amor conyugal. En este contexto, es muy instructivo que a lo largo del libro se encuentren dos términos diferentes para indicar el «amor». Primero, la palabra «*dodim*», un plural que expresa el amor todavía inseguro, en un estadio de búsqueda indeterminada. Esta palabra es reemplazada después por el término «*ahabá*», que la traducción griega del Antiguo Testamento denomina, con un vocablo de fonética similar, «*agapé*», el cual, como hemos visto, se convirtió en la expresión característica para la concepción bíblica del amor. En oposición al amor indeterminado y aún en búsqueda, este vocablo expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca.

El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad —sólo esta persona—, y en el sentido del «para siempre». El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y,

precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará» (Lc 17, 33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cf. Mt 10, 39; 16, 25; Mc 8, 35; Lc 9, 24; Jn 12, 25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante. Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general.

7. Nuestras reflexiones sobre la esencia del amor, inicialmente bastante filosóficas, nos han llevado por su propio dinamismo hasta la fe bíblica. Al comienzo se ha planteado la cuestión de si, bajo los significados de la palabra amor, diferentes e incluso opuestos, subyace alguna unidad profunda o, por el contrario, han de permanecer separados, uno paralelo al otro. Pero, sobre todo, ha surgido la cuestión de si el mensaje sobre el amor que nos han transmitido la Biblia y la Tradición de la Iglesia tiene algo que ver con la común experiencia humana del amor, o más bien se opone a ella. A este propósito, nos hemos encontrado con las dos palabras fundamentales: *eros* como término para el amor «mundano» y *agapé* como denominación del amor fundado en la fe y plasmado por ella. Con frecuencia, ambas se contraponen, una como amor «ascendente», y como amor «descendente» la otra. Hay otras clasificaciones afines, como por ejemplo, la distinción entre amor posesivo y amor oblativo (*amor concupiscentiae* – *amor benevolentiae*), al que a veces se añade también el amor que tiende al propio provecho.

A menudo, en el debate filosófico y teológico, estas distinciones se han radicalizado hasta el punto de contraponerse entre sí: lo típicamente cristiano sería el amor descendente, oblativo, el *agapé* precisamente; la cultura no cristiana, por el contrario, sobre todo la griega, se caracterizaría por el amor ascendente, vehemente y posesivo, es decir, el *eros*. Si se llevara al extremo este antagonismo, la esencia del cristianismo quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, que

tal vez podría considerarse admirable, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana. En realidad, *eros* y *agapé* —amor ascendente y amor descendente— nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general. Si bien el *eros* inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente —fascinación por la gran promesa de felicidad—, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará «ser para» el otro. Así, el momento del *agapé* se inserta en el *eros* inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto — como nos dice el Señor— que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. *Jn* 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. *Jn* 19, 34).

En la narración de la escalera de Jacob, los Padres han visto simbolizada de varias maneras esta relación inseparable entre ascenso y descenso, entre el *eros* que busca a Dios y el *agapé* que transmite el don recibido. En este texto bíblico se relata cómo el patriarca Jacob, en sueños, vio una escalera apoyada en la piedra que le servía de cabezal, que llegaba hasta el cielo y por la cual subían y bajaban los ángeles de Dios (cf. *Gn* 28, 12; *Jn* 1, 51). Impresiona particularmente la interpretación que da el Papa Gregorio Magno de esta visión en su *Regla pastoral*. El pastor bueno, dice, debe estar anclado en la contemplación. En efecto, sólo de este modo le será posible captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas: «*per pietatis viscera in se infirmitatem caeterorum transferant*».⁴ En este contexto, san Gregorio menciona a san Pablo, que fue

⁴ II, 5: *SCh* 381, 196.

arrebatado hasta el tercer cielo, hasta los más grandes misterios de Dios y, precisamente por eso, al descender, es capaz de hacerse todo para todos (cf. *2 Co* 12, 2-4; *1 Co* 9, 22). También pone el ejemplo de Moisés, que entra y sale del tabernáculo, en diálogo con Dios, para poder de este modo, partiendo de Él, estar a disposición de su pueblo. «Dentro [del tabernáculo] se extasía en la contemplación, fuera [del tabernáculo] se ve apremiado por los asuntos de los afligidos: *intus contemplationem rapitur, foris infirmantium negotiis urgetur*».⁵

8. Hemos encontrado, pues, una primera respuesta, todavía más bien genérica, a las dos preguntas formuladas antes: en el fondo, el «amor» es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra puede destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor. También hemos visto sintéticamente que la fe bíblica no construye un mundo paralelo o contrapuesto al fenómeno humano originario del amor, sino que asume a todo el hombre, interviniendo en su búsqueda de amor para purificarla, abriéndole al mismo tiempo nuevas dimensiones. Esta novedad de la fe bíblica se manifiesta sobre todo en dos puntos que merecen ser subrayados: la imagen de Dios y la imagen del hombre.

La novedad de la fe bíblica

9. Ante todo, está la nueva imagen de Dios. En las culturas que circundan el mundo de la Biblia, la imagen de dios y de los dioses, al fin y al cabo, queda poco clara y es contradictoria en sí misma. En el camino de la fe bíblica, por el contrario, resulta cada vez más claro y unívoco lo que se resume en las palabras de la oración fundamental de Israel, la *Shema*: «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno» (*Dt* 6, 4). Existe un solo Dios, que es el Creador del cielo y de la tierra y, por tanto, también es el Dios de todos los hombres. En esta puntualización hay dos elementos singulares: que realmente todos los otros dioses no son Dios y que toda la realidad en la que vivimos se remite a Dios, es

⁵ *Ibíd.*, 198.

creación suya. Ciertamente, la idea de una creación existe también en otros lugares, pero sólo aquí queda absolutamente claro que no se trata de un dios cualquiera, sino que el único Dios verdadero, Él mismo, es el autor de toda la realidad; ésta proviene del poder de su Palabra creadora. Lo cual significa que estima a esta criatura, precisamente porque ha sido Él quien la ha querido, quien la ha «hecho». Y así se pone de manifiesto el segundo elemento importante: este Dios ama al hombre. La potencia divina a la cual Aristóteles, en la cumbre de la filosofía griega, trató de llegar a través de la reflexión, es ciertamente objeto de deseo y amor por parte de todo ser —como realidad amada, esta divinidad mueve el mundo⁶—, pero ella misma no necesita nada y no ama, sólo es amada. El Dios único en el que cree Israel, sin embargo, ama personalmente. Su amor, además, es un amor de predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar precisamente de este modo a toda la humanidad. Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como *eros* que, no obstante, es también totalmente *agapé*.⁷

Los profetas Oseas y Ezequiel, sobre todo, han descrito esta pasión de Dios por su pueblo con imágenes eróticas audaces. La relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio; por consiguiente, la idolatría es adulterio y prostitución. Con eso se alude concretamente —como hemos visto— a los ritos de la fertilidad con su abuso del *eros*, pero al mismo tiempo se describe la relación de fidelidad entre Israel y su Dios. La historia de amor de Dios con Israel consiste, en el fondo, en que Él le da la *Torah*, es decir, abre los ojos de Israel sobre la verdadera naturaleza del hombre y le indica el camino del verdadero humanismo. Esta historia consiste en que el hombre, viviendo en fidelidad al único Dios, se experimenta a sí mismo como quien es amado por Dios y descubre la alegría en la verdad y en la justicia; la alegría en Dios que se convierte en su felicidad esencial: «¿No te tengo a ti en el cielo?; y contigo, ¿qué me

⁶ Cf. *Metafísica*, XII, 7.

⁷ Cf. Pseudo Dionisio Areopagita, *Los nombres de Dios*, IV, 12-14: PG 3, 709-713, donde llama a Dios *eros* y *agapé* al mismo tiempo.

importa la tierra?... Para mí lo bueno es estar junto a Dios» (*Sal* 73 [72], 25. 28).

10. El *eros* de Dios para con el hombre, como hemos dicho, es a la vez *agapé*. No sólo porque se da del todo gratuitamente, sin ningún mérito anterior, sino también porque es amor que perdona. Oseas, de modo particular, nos muestra la dimensión del *agapé* en el amor de Dios por el hombre, que va mucho más allá de la gratuidad. Israel ha cometido «adulterio», ha roto la Alianza; Dios debería juzgarlo y repudiarlo. Pero precisamente en esto se revela que Dios es Dios y no hombre: «¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel?... Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím; que yo soy Dios y no hombre, santo en medio de ti» (*Os* 11, 8-9). El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor.

El aspecto filosófico e histórico-religioso que se ha de subrayar en esta visión de la Biblia es que, por un lado, nos encontramos ante una imagen estrictamente metafísica de Dios: Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas —el *Logos*, la razón primordial— es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor. Así, el *eros* es sumamente ennoblecido, pero también tan purificado que se funde con el *agapé*. Por eso podemos comprender que la recepción del *Cantar de los Cantares* en el canon de la Sagrada Escritura se haya justificado muy pronto, porque el sentido de sus cantos de amor describen en el fondo la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios. De este modo, tanto en la literatura cristiana como en la judía, el *Cantar de los Cantares* se ha convertido en una fuente de conocimiento y de experiencia mística, en la cual se expresa la esencia de la fe bíblica: se da ciertamente una unificación del hombre con Dios —sueño originario del hombre—, pero esta unificación no es un fundirse juntos, un hundirse en el océano anónimo del Divino; es

una unidad que crea amor, en la que ambos —Dios y el hombre— siguen siendo ellos mismos y, sin embargo, se convierten en una sola cosa: «El que se une al Señor, es un espíritu con él», dice san Pablo (1 Co 6, 17).

11. La primera novedad de la fe bíblica, como hemos visto, consiste en la imagen de Dios; la segunda, relacionada esencialmente con ella, la encontramos en la imagen del hombre. La narración bíblica de la creación habla de la soledad del primer hombre, Adán, al cual Dios quiere darle una ayuda. Ninguna de las otras criaturas puede ser esa ayuda que el hombre necesita, por más que él haya dado nombre a todas las bestias salvajes y a todos los pájaros, incorporándolos así a su entorno vital. Entonces Dios, de una costilla del hombre, forma a la mujer. Ahora Adán encuentra la ayuda que precisa: «¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!» (Gn 2, 23). En el trasfondo de esta narración se pueden considerar concepciones como la que aparece también, por ejemplo, en el mito relatado por Platón, según el cual el hombre era originariamente esférico, porque era completo en sí mismo y autosuficiente. Pero, en castigo por su soberbia, fue dividido en dos por Zeus, de manera que ahora anhela siempre su otra mitad y está en camino hacia ella para recobrar su integridad.⁸ En la narración bíblica no se habla de castigo; pero sí aparece la idea de que el hombre es de algún modo incompleto, constitutivamente en camino para encontrar en el otro la parte complementaria para su integridad, es decir, la idea de que sólo en la comunión con el otro sexo puede considerarse «completo». Así, pues, el pasaje bíblico concluye con una profecía sobre Adán: «Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (Gn 2, 24).

En esta profecía hay dos aspectos importantes: el *eros* está como enraizado en la naturaleza misma del hombre; Adán se pone a buscar y «abandona a su padre y a su madre» para unirse a su mujer; sólo ambos conjuntamente representan a la humanidad completa, se convierten en «una sola carne». No menor importancia reviste el segundo aspecto: en una perspectiva fundada en la creación, el *eros* orienta al hombre hacia el

⁸ Cf. *El Banquete*, XIV-XV, 189c-192d.

matrimonio, un vínculo marcado por su carácter único y definitivo; así, y sólo así, se realiza su destino íntimo. A la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monógamo. El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano. Esta estrecha relación entre *eros* y matrimonio que presenta la Biblia no tiene prácticamente paralelo alguno en la literatura fuera de ella.

Jesucristo, el amor de Dios encarnado

12. Aunque hasta ahora hemos hablado principalmente del Antiguo Testamento, ya se ha dejado entrever la íntima compenetración de los dos Testamentos como única Escritura de la fe cristiana. La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito. Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido inaudita, de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la «oveja perdida», la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: «Dios es amor» (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

13. Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como

nuevo maná (cf. *Jn 6*, 31-33). Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre —aquello por lo que el hombre vive— era el *Logos*, la sabiduría eterna, ahora este *Logos* se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre. La «mística» del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar.

14. Pero ahora se ha de prestar atención a otro aspecto: la «mística» del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan», dice san Pablo (*1 Co 10*, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos «un cuerpo», aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el *agapé* se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el *agapé* de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor. El paso desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y *ethos* se compenetran recíprocamente como una sola realidad, que se

configura en el encuentro con el *agapé* de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el «culto» mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa —como hemos de considerar más detalladamente aún—, el «mandamiento» del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser «mandado» porque antes es dado.

15. Las grandes parábolas de Jesús han de entenderse también a partir de este principio. El rico epulón (cf. *Lc* 16, 19-31) suplica desde el lugar de los condenados que se advierta a sus hermanos de lo que sucede a quien ha ignorado frívolamente al pobre necesitado. Jesús, por decirlo así, acoge este grito de ayuda y se hace eco de él para ponernos en guardia, para hacernos volver al recto camino. La parábola del buen Samaritano (cf. *Lc* 10, 25-37) nos lleva sobre todo a dos aclaraciones importantes. Mientras el concepto de «prójimo» hasta entonces se refería esencialmente a los conciudadanos y a los extranjeros que se establecían en la tierra de Israel, y por tanto a la comunidad compacta de un país o de un pueblo, ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora. La Iglesia tiene siempre el deber de interpretar cada vez esta relación entre lejanía y proximidad, con vistas a la vida práctica de sus miembros. En fin, se ha de recordar de modo particular la gran parábola del Juicio final (cf. *Mt* 25, 31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (*Mt* 25, 40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.

Amor a Dios y amor al prójimo

16. Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo: ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. La Escritura parece respaldar la primera objeción cuando afirma: «Si alguno dice: "amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4, 20). Pero este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la *Primera carta de Juan* apenas citada, el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.

17. En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada *Carta de Juan* (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues «Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene

a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este «antes» de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el *eros* llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por «concluido» y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*,⁹ querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios

⁹ Salustio, *De coniuratione Catilinae*, XX, 4.

coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío.¹⁰ Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. *Sal* 73 [72], 23-28).

18. De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la *Primera carta de Juan*. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo «piadoso» y cumplir con mis «deberes religiosos», se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación «correcta», pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los Santos —pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta— han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios

¹⁰ Cf. San Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11: CCL 27, 32.

y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un «mandamiento» externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es «divino» porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea «todo para todos» (cf. *1 Co* 15, 28).

SEGUNDA PARTE

CARITAS, EL EJERCICIO DEL AMOR POR PARTE DE LA IGLESIA COMO «COMUNIDAD DE AMOR»

La caridad de la Iglesia como manifestación del amor trinitario

19. «Ves la Trinidad si ves el amor», escribió san Agustín.¹¹ En las reflexiones precedentes hemos podido fijar nuestra mirada sobre el Traspasado (cf. *Jn* 19, 37; *Za* 12, 10), reconociendo el designio del Padre que, movido por el amor (cf. *Jn* 3, 16), ha enviado el Hijo unigénito al mundo para redimir al hombre. Al morir en la cruz —como narra el evangelista—, Jesús «entregó el espíritu» (cf. *Jn* 19, 30), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (cf. *Jn* 20, 22). Se cumpliría así la promesa de los «torrentes de agua viva» que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (cf. *Jn* 7, 38-39). En efecto, el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (cf. *Jn* 13, 1-13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (cf. *Jn* 13, 1; 15, 13).

El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres.

¹¹ *De Trinitate*, VIII, 8, 12: CCL 50, 287.

Es este aspecto, este *servicio de la caridad*, al que deseo referirme en esta parte de la Encíclica.

La caridad como tarea de la Iglesia

20. El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado. La Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos: «Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (*Hch 2*, 44-45). Lucas nos relata esto relacionándolo con una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la «enseñanza de los Apóstoles», a la «comunidad» (*koinonia*), a la «fracción del pan» y a la «oración» (cf. *Hch 2*, 42). La «comunidad» (*koinonia*), mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (cf. también *Hch 4*, 32-37). A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa.

21. Un paso decisivo en la difícil búsqueda de soluciones para realizar este principio eclesial fundamental se puede ver en la elección de los siete varones, que fue el principio del ministerio diaconal (cf. *Hch 6*, 5-6). En efecto, en la Iglesia de los primeros momentos, se había producido una disparidad en el suministro cotidiano a las viudas entre la parte de lengua hebrea y la de lengua griega. Los Apóstoles, a los que estaba encomendado sobre todo «la oración» (Eucaristía y Liturgia) y el «servicio de la Palabra», se sintieron excesivamente cargados con el «servicio de

la mesa»; decidieron, pues, reservar para sí su oficio principal y crear para el otro, también necesario en la Iglesia, un grupo de siete personas. Pero este grupo tampoco debía limitarse a un servicio meramente técnico de distribución: debían ser hombres «llenos de Espíritu y de sabiduría» (cf. *Hch* 6, 1-6). Lo cual significa que el servicio social que desempeñaban era absolutamente concreto, pero sin duda también espiritual al mismo tiempo; por tanto, era un verdadero oficio espiritual el suyo, que realizaba un cometido esencial de la Iglesia, precisamente el del amor bien ordenado al prójimo. Con la formación de este grupo de los Siete, la «diaconía» —el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico— quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma.

22. Con el paso de los años y la difusión progresiva de la Iglesia, el ejercicio de la caridad se confirmó como uno de sus ámbitos esenciales, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra: practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio. La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra. Para demostrarlo, basten algunas referencias. El mártir Justino († ca. 155), en el contexto de la celebración dominical de los cristianos, describe también su actividad caritativa, unida con la Eucaristía misma. Los que poseen, según sus posibilidades y cada uno cuanto quiere, entregan sus ofrendas al Obispo; éste, con lo recibido, sustenta a los huérfanos, a las viudas y a los que se encuentran en necesidad por enfermedad u otros motivos, así como también a los presos y forasteros.¹² El gran escritor cristiano Tertuliano († después de 220), cuenta cómo la solicitud de los cristianos por los necesitados de cualquier tipo suscitaba el asombro de los paganos.¹³ Y cuando Ignacio de Antioquía († ca. 117) llamaba a la Iglesia de Roma como la que «preside en la

¹² Cf. *I Apología*, 67: *PG* 6, 429.

¹³ Cf. *Apologeticum* 39, 7: *PL* 1, 468.

caridad (*agapé*)»,¹⁴ se puede pensar que con esta definición quería expresar de algún modo también la actividad caritativa concreta.

23. En este contexto, puede ser útil una referencia a las primitivas estructuras jurídicas del servicio de la caridad en la Iglesia. Hacia la mitad del siglo IV, se va formando en Egipto la llamada «*diaconía*»; es la estructura que en cada monasterio tenía la responsabilidad sobre el conjunto de las actividades asistenciales, el servicio de la caridad precisamente. A partir de esto, se desarrolla en Egipto hasta el siglo VI una corporación con plena capacidad jurídica, a la que las autoridades civiles confían incluso una cantidad de grano para su distribución pública. No sólo cada monasterio, sino también cada diócesis llegó a tener su *diaconía*, una institución que se desarrolla sucesivamente, tanto en Oriente como en Occidente. El Papa Gregorio Magno († 604) habla de la *diaconía* de Nápoles; por lo que se refiere a Roma, las *diaconías* están documentadas a partir del siglo VII y VIII; pero, naturalmente, ya antes, desde los comienzos, la actividad asistencial a los pobres y necesitados, según los principios de la vida cristiana expuestos en los *Hechos de los Apóstoles*, era parte esencial en la Iglesia de Roma. Esta función se manifiesta vigorosamente en la figura del diácono Lorenzo († 258). La descripción dramática de su martirio fue conocida ya por san Ambrosio († 397) y, en lo esencial, nos muestra seguramente la auténtica figura de este Santo. A él, como responsable de la asistencia a los pobres de Roma, tras ser apresados sus compañeros y el Papa, se le concedió un cierto tiempo para recoger los tesoros de la Iglesia y entregarlos a las autoridades. Lorenzo distribuyó el dinero disponible a los pobres y luego presentó a éstos a las autoridades como el verdadero tesoro de la Iglesia.¹⁵ Cualquiera que sea la fiabilidad histórica de tales detalles, Lorenzo ha quedado en la memoria de la Iglesia como un gran exponente de la caridad eclesial.

24. Una alusión a la figura del emperador Juliano el Apóstata († 363) puede ilustrar una vez más lo esencial que era para la Iglesia de los primeros siglos la caridad ejercida y organizada. A los

¹⁴ *Ep. ad Rom., Inscr.: PG 5, 801.*

¹⁵ Cf. San Ambrosio, *De officiis ministrorum*, II, 28, ¹⁴⁰: PL 16, 141.

seis años, Juliano asistió al asesinato de su padre, de su hermano y de otros parientes a manos de los guardias del palacio imperial; él imputó esta brutalidad —con razón o sin ella— al emperador Constancio, que se tenía por un gran cristiano. Por eso, para él la fe cristiana quedó desacreditada definitivamente. Una vez emperador, decidió restaurar el paganismo, la antigua religión romana, pero también reformarlo, de manera que fuera realmente la fuerza impulsora del imperio. En esta perspectiva, se inspiró ampliamente en el cristianismo. Estableció una jerarquía de metropolitans y sacerdotes. Los sacerdotes debían promover el amor a Dios y al prójimo. Escribía en una de sus cartas¹⁶ que el único aspecto que le impresionaba del cristianismo era la actividad caritativa de la Iglesia. Así pues, un punto determinante para su nuevo paganismo fue dotar a la nueva religión de un sistema paralelo al de la caridad de la Iglesia. Los «Galileos» —así los llamaba— habían logrado con ello su popularidad. Se les debía emular y superar. De este modo, el emperador confirmaba, pues, cómo la caridad era una característica determinante de la comunidad cristiana, de la Iglesia.

25. Llegados a este punto, tomamos de nuestras reflexiones dos datos esenciales:

a) La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia.¹⁷

b) La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero, al mismo tiempo, la *caritas-agapé* supera los confines de la

¹⁶ Cf. Ep. 83: J. Bidez, *L'Empereur Julien. Œuvres complètes*, París 1960², I, 2^a, p. 145.

¹⁷ Cf. Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 194: Ciudad del Vaticano, 2004, 210-211.

Iglesia; la parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado «casualmente» (cf. *Lc 10, 31*), quienquiera que sea. No obstante, quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad. En este sentido, siguen teniendo valor las palabras de la *Carta a los Gálatas*: «Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe» (6, 10).

Justicia y caridad

26. Desde el siglo XIX se ha planteado una objeción contra la actividad caritativa de la Iglesia, desarrollada después con insistencia sobre todo por el pensamiento marxista. Los pobres, se dice, no necesitan obras de caridad, sino de justicia. Las obras de caridad —la limosna— serían en realidad un modo para que los ricos eludan la instauración de la justicia y acallen su conciencia, conservando su propia posición social y despojando a los pobres de sus derechos. En vez de contribuir con obras aisladas de caridad a mantener las condiciones existentes, haría falta crear un orden justo, en el que todos reciban su parte de los bienes del mundo y, por lo tanto, no necesiten ya las obras de caridad. Se debe reconocer que en esta argumentación hay algo de verdad, pero también bastantes errores. Es cierto que una norma fundamental del Estado debe ser perseguir la justicia y que el objetivo de un orden social justo es garantizar a cada uno, respetando el principio de subsidiaridad, su parte de los bienes comunes. Eso es lo que ha subrayado también la doctrina cristiana sobre el Estado y la doctrina social de la Iglesia. La cuestión del orden justo de la colectividad, desde un punto de vista histórico, ha entrado en una nueva fase con la formación de la sociedad industrial en el siglo XIX. El surgir de la industria moderna ha desbaratado las viejas estructuras sociales y, con la masa de los asalariados, ha provocado un cambio radical en la configuración de la sociedad, en la cual la relación entre el capital y el trabajo se ha convertido en la cuestión decisiva, una cuestión que, en estos términos, era desconocida hasta entonces. Desde ese momento, los medios de

producción y el capital eran el nuevo poder que, estando en manos de pocos, comportaba para las masas obreras una privación de derechos contra la cual había que rebelarse.

27. Se debe admitir que los representantes de la Iglesia percibieron sólo lentamente que el problema de la estructura justa de la sociedad se planteaba de un modo nuevo. No faltaron pioneros: uno de ellos, por ejemplo, fue el Obispo Ketteler de Maguncia († 1877). Para hacer frente a las necesidades concretas surgieron también círculos, asociaciones, uniones, federaciones y, sobre todo, nuevas Congregaciones religiosas, que en el siglo XIX se dedicaron a combatir la pobreza, las enfermedades y las situaciones de carencia en el campo educativo. En 1891, se interesó también el magisterio pontificio con la Encíclica *Rerum novarum* de León XIII. Siguió con la Encíclica de Pío XI *Quadragesimo anno*, en 1931. En 1961, el beato Papa Juan XXIII publicó la Encíclica *Mater et Magistra*, mientras que Pablo VI, en la Encíclica *Populorum progressio* (1967) y en la Carta apostólica *Octogesima adveniens* (1971), afrontó con insistencia la problemática social que, entre tanto, se había agudizado sobre todo en Latinoamérica. Mi gran predecesor Juan Pablo II nos ha dejado una trilogía de Encíclicas sociales: *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991). Así pues, cotejando situaciones y problemas nuevos cada vez, se ha ido desarrollando una doctrina social católica, que en 2004 ha sido presentada de modo orgánico en el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, redactado por el Consejo Pontificio *Iustitia et Pax*. El marxismo había presentado la revolución mundial y su preparación como la panacea para los problemas sociales: mediante la revolución y la consiguiente colectivización de los medios de producción —se afirmaba en dicha doctrina— todo iría repentinamente de modo diferente y mejor. Este sueño se ha desvanecido. En la difícil situación en la que nos encontramos hoy, a causa también de la globalización de la economía, la doctrina social de la Iglesia se ha convertido en una indicación fundamental, que propone orientaciones válidas mucho más allá de sus confines: estas orientaciones —ante el avance del progreso— se han de afrontar en diálogo con todos los que se preocupan seriamente por el hombre y su mundo.

28. Para definir con más precisión la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad, hay que tener en cuenta dos situaciones de hecho:

a) El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones, dijo una vez Agustín: «*Remota itaque iustitia quid sunt regna nisi magna latrocinia?*».¹⁸ Es propio de la estructura fundamental del cristianismo la distinción entre lo que es del César y lo que es de Dios (cf. *Mt* 22, 21), esto es, entre Estado e Iglesia o, como dice el Concilio Vaticano II, el reconocimiento de la autonomía de las realidades temporales.¹⁹ El Estado no puede imponer la religión, pero tiene que garantizar su libertad y la paz entre los seguidores de las diversas religiones; la Iglesia, como expresión social de la fe cristiana, por su parte, tiene su independencia y vive su forma comunitaria basada en la fe, que el Estado debe respetar. Son dos esferas distintas, pero siempre en relación recíproca.

La justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política. La política es más que una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos: su origen y su meta están precisamente en la justicia, y ésta es de naturaleza ética. Así, pues, el Estado se encuentra inevitablemente de hecho ante la cuestión de cómo realizar la justicia aquí y ahora. Pero esta pregunta presupone otra más radical: ¿qué es la justicia? Éste es un problema que concierne a la razón práctica; pero para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente.

En este punto, política y fe se encuentran. Sin duda, la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón. Pero, al mismo tiempo, es una fuerza purificadora para la razón misma. Al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma.

¹⁸ *De Civitate Dei*, IV, 4: CCL 47, 102.

¹⁹ Cf. Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 36.

La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio. En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica.

La doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano. Y sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales. Esto significa que la construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables.

La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien.

b) El amor —*caritas*— siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo.²⁰ El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido —cualquier ser humano— necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, un ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive «sólo de pan» (*Mt* 4, 4; cf. *Dt* 8, 3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano.

29. De este modo podemos ahora determinar con mayor precisión la relación que existe en la vida de la Iglesia entre el empeño por el orden justo del Estado y la sociedad, por un lado y, por otro, la actividad caritativa organizada. Ya se ha dicho que el establecimiento de estructuras justas no es un cometido inmediato de la Iglesia, sino que pertenece a la esfera de la política, es decir, de la razón autoresponsable. En esto, la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la

²⁰ Cf. Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 197: Ciudad del Vaticano, 2004, 213-214.

razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni éstas pueden ser operativas a largo plazo.

El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la «multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el *bien común*».²¹ La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad.²² Aunque las manifestaciones de la caridad eclesial nunca pueden confundirse con la actividad del Estado, sigue siendo verdad que la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como «caridad social».²³

Las organizaciones caritativas de la Iglesia, sin embargo, son un *opus proprium* suyo, un cometido que le es congenial, en el que ella no coopera colateralmente, sino que actúa como sujeto directamente responsable, haciendo algo que corresponde a su naturaleza. La Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes y, por otro lado, nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor.

Las múltiples estructuras de servicio caritativo en el contexto social actual

30. Antes de intentar definir el perfil específico de la actividad eclesial al servicio del hombre, quisiera considerar ahora

²¹ Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 42: AAS 81 (1989), 472.

²² Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública* (24 noviembre 2003), 1: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (24 enero 2004), 6.

²³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1939.

la situación general del compromiso por la justicia y el amor en el mundo actual.

a) Los medios de comunicación de masas han como empequeñecido hoy nuestro planeta, acercando rápidamente a hombres y culturas muy diferentes. Si bien este «estar juntos» suscita a veces incomprendiones y tensiones, el hecho de que ahora se conozcan de manera mucho más inmediata las necesidades de los hombres es también una llamada sobre todo a compartir situaciones y dificultades. Vemos cada día lo mucho que se sufre en el mundo a causa de tantas formas de miseria material o espiritual, no obstante los grandes progresos en el campo de la ciencia y de la técnica. Así pues, el momento actual requiere una nueva disponibilidad para socorrer al prójimo necesitado. El Concilio Vaticano II lo ha subrayado con palabras muy claras: «Al ser más rápidos los medios de comunicación, se ha acertado en cierto modo la distancia entre los hombres y todos los habitantes del mundo [...]. La acción caritativa puede y debe abarcar hoy a todos los hombres y todas sus necesidades».²⁴

Por otra parte —y éste es un aspecto provocativo y a la vez estimulante del proceso de globalización—, ahora se puede contar con innumerables medios para prestar ayuda humanitaria a los hermanos y hermanas necesitados, como son los modernos sistemas para la distribución de comida y ropa, así como también para ofrecer alojamiento y acogida. La solicitud por el prójimo, pues, superando los confines de las comunidades nacionales, tiende a extender su horizonte al mundo entero. El Concilio Vaticano II ha hecho notar oportunamente que «entre los signos de nuestro tiempo es digno de mención especial el creciente e inexcusable sentido de solidaridad entre todos los pueblos».²⁵ Los organismos del Estado y las asociaciones humanitarias favorecen iniciativas orientadas a este fin, generalmente mediante subsidios o desgravaciones fiscales en un caso, o poniendo a disposición considerables recursos, en otro. De este modo, la solidaridad expresada por la sociedad civil supera de manera notable a la realizada por las personas individualmente.

²⁴ Decr. *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, 8.

²⁵ *Ibid.*, 14.

b) En esta situación han surgido numerosas formas nuevas de colaboración entre entidades estatales y eclesiales, que se han demostrado fructíferas. Las entidades eclesiales, con la transparencia en su gestión y la fidelidad al deber de testimoniar el amor, podrán animar cristianamente también a las instituciones civiles, favoreciendo una coordinación mutua que seguramente ayudará a la eficacia del servicio caritativo.²⁶ También se han formado en este contexto múltiples organizaciones con objetivos caritativos o filantrópicos, que se esfuerzan por lograr soluciones satisfactorias desde el punto de vista humanitario a los problemas sociales y políticos existentes. Un fenómeno importante de nuestro tiempo es el nacimiento y difusión de muchas formas de voluntariado que se hacen cargo de múltiples servicios.²⁷ A este propósito, quisiera dirigir una palabra especial de aprecio y gratitud a todos los que participan de diversos modos en estas actividades. Esta labor tan difundida es una escuela de vida para los jóvenes, que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no sólo algo, sino a sí mismos. De este modo, frente a la anti- cultura de la muerte, que se manifiesta por ejemplo en la droga, se contraponen el amor, que no se busca a sí mismo, sino que, precisamente en la disponibilidad a «perderse a sí mismo» (cf. *Lc 17, 33* y par.) en favor del otro, se manifiesta como cultura de la vida.

También en la Iglesia católica y en otras Iglesias y Comunidades eclesiales han aparecido nuevas formas de actividad caritativa y otras antiguas han resurgido con renovado impulso. Son formas en las que frecuentemente se logra establecer un acertado nexo entre evangelización y obras de caridad. Deseo corroborar aquí expresamente lo que mi gran predecesor Juan Pablo II dijo en su Encíclica *Sollicitudo rei socialis*,²⁸ cuando declaró la disponibilidad de la Iglesia católica a colaborar con las organizaciones caritativas de estas Iglesias y Comunidades, puesto que todos nos movemos por la misma motivación fundamental y

²⁶ Cf. Congregación para los Obispos, *Directorio* para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 195: Ciudad del Vaticano, 2004, 212.

²⁷ Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 41: AAS 81 (1989), 470-472.

²⁸ Cf. n. 32: AAS 80 (1988), 556.

tenemos los ojos puestos en el mismo objetivo: un verdadero humanismo, que reconoce en el hombre la imagen de Dios y quiere ayudarlo a realizar una vida conforme a esta dignidad. La Encíclica *Ut unum sint* destacó después, una vez más, que para un mejor desarrollo del mundo es necesaria la voz común de los cristianos, su compromiso «para que triunfe el respeto de los derechos y de las necesidades de todos, especialmente de los pobres, los marginados y los indefensos».²⁹ Quisiera expresar mi alegría por el hecho de que este deseo haya encontrado amplio eco en numerosas iniciativas en todo el mundo.

El perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia

31. En el fondo, el aumento de organizaciones diversificadas que trabajan en favor del hombre en sus diversas necesidades, se explica por el hecho de que el imperativo del amor al prójimo ha sido grabado por el Creador en la naturaleza misma del hombre. Pero es también un efecto de la presencia del cristianismo en el mundo, que reaviva continuamente y hace eficaz este imperativo, a menudo tan empañado a lo largo de la historia. La mencionada reforma del paganismo intentada por el emperador Juliano el Apóstata, es sólo un testimonio inicial de dicha eficacia. En este sentido, la fuerza del cristianismo se extiende mucho más allá de las fronteras de la fe cristiana. Por tanto, es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?

a) Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Las organizaciones caritativas de la Iglesia, comenzando por *Cáritas* (diocesana, nacional, internacional), han de hacer lo posible para poner a disposición los

²⁹ N. 43: AAS 87 (1995), ⁹⁴⁶.

medios necesarios y, sobre todo, los hombres y mujeres que desempeñan estos cometidos. Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una «formación del corazón»: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. *Ga* 5, 6).

b) La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita. Los tiempos modernos, sobre todo desde el siglo XIX, están dominados por una filosofía del progreso con diversas variantes, cuya forma más radical es el marxismo. Una parte de la estrategia marxista es la teoría del empobrecimiento: quien en una situación de poder injusto ayuda al hombre con iniciativas de caridad —afirma— se pone de hecho al servicio de ese sistema injusto, haciéndolo aparecer soportable, al menos hasta cierto punto. Se frena así el potencial revolucionario y, por tanto, se paraliza la insurrección hacia un mundo mejor. De aquí el rechazo y el ataque a la caridad como un sistema conservador del *statu quo*. En realidad, ésta es una filosofía

inhumana. El hombre que vive en el presente es sacrificado al *Moloc* del futuro, un futuro cuya efectiva realización resulta por lo menos dudosa. La verdad es que no se puede promover la humanización del mundo renunciando, por el momento, a comportarse de manera humana. A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido. El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un «corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares.

c) Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos.³⁰ Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuando es tiempo de hablar de Dios y cuando es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (*1 Jn 4, 8*) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe —volviendo a las preguntas de antes— que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Las organizaciones caritativas de la Iglesia tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus propios miembros, de modo que a

³⁰ Cf. Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 196: Ciudad del Vaticano, 2004, 213.

través de su actuación —así como por su hablar, su silencio, su ejemplo— sean testigos creíbles de Cristo.

Los responsables de la acción caritativa de la Iglesia

32. Finalmente, debemos dirigir nuestra atención a los responsables de la acción caritativa de la Iglesia ya mencionados. En las reflexiones precedentes se ha visto claro que el verdadero sujeto de las diversas organizaciones católicas que desempeñan un servicio de caridad es la Iglesia misma, y eso a todos los niveles, empezando por las parroquias, a través de las Iglesias particulares, hasta llegar a la Iglesia universal. Por esto fue muy oportuno que mi venerado predecesor Pablo VI instituyera el Consejo Pontificio *Cor unum* como organismo de la Santa Sede responsable para la orientación y coordinación entre las organizaciones y las actividades caritativas promovidas por la Iglesia católica. Además, es propio de la estructura episcopal de la Iglesia que los obispos, como sucesores de los Apóstoles, tengan en las Iglesias particulares la primera responsabilidad de cumplir, también hoy, el programa expuesto en los *Hechos de los Apóstoles* (cf. 2, 42-44): la Iglesia, como familia de Dios, debe ser, hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda. Durante el rito de la ordenación episcopal, el acto de consagración propiamente dicho está precedido por algunas preguntas al candidato, en las que se expresan los elementos esenciales de su oficio y se le recuerdan los deberes de su futuro ministerio. En este contexto, el ordenando promete expresamente que será, en nombre del Señor, acogedor y misericordioso para con los más pobres y necesitados de consuelo y ayuda.³¹ El *Código de Derecho Canónico*, en los cánones relativos al ministerio episcopal, no habla expresamente de la caridad como un ámbito específico de la actividad episcopal, sino sólo, de modo general, del deber del Obispo de coordinar las diversas obras de apostolado respetando su propia índole.³² Recientemente, no obstante, el *Directorio para el ministerio pastoral de los obispos* ha profundizado más concretamente el deber de la caridad como

³¹ Cf. *Pontificale Romanum, De ordinatione episcopi*, 43.

³² Cf. can. 394; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 203.

cometido intrínseco de toda la Iglesia y del Obispo en su diócesis,³³ y ha subrayado que el ejercicio de la caridad es una actividad de la Iglesia como tal y que forma parte esencial de su misión originaria, al igual que el servicio de la Palabra y los Sacramentos.³⁴

33. Por lo que se refiere a los colaboradores que desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia, ya se ha dicho lo esencial: no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. *Ga* 5, 6). Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser lo que se dice en la *Segunda carta a los Corintios*: «Nos apremia el amor de Cristo» (5, 14). La conciencia de que, en Él, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás. Quien ama a Cristo ama a la Iglesia y quiere que ésta sea cada vez más expresión e instrumento del amor que proviene de Él. El colaborador de toda organización caritativa católica quiere trabajar con la Iglesia y, por tanto, con el Obispo, con el fin de que el amor de Dios se difunda en el mundo. Por su participación en el servicio de amor de la Iglesia, desea ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien a los hombres gratuitamente.

34. La apertura interior a la dimensión católica de la Iglesia ha de predisponer al colaborador a sintonizar con las otras organizaciones en el servicio a las diversas formas de necesidad; pero esto debe hacerse respetando la fisonomía específica del servicio que Cristo pidió a sus discípulos. En su himno a la caridad (cf. *1 Co* 13), san Pablo nos enseña que ésta es siempre algo más que una simple actividad: «Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve» (v. 3). Este himno debe ser la *Carta Magna* de todo el servicio eclesial; en él se resumen todas las reflexiones que he expuesto sobre el amor a lo largo de esta Carta encíclica. La

³³ Cf. nn. 193-198: pp. 209-215.

³⁴ Cf. *ibíd.*, 194: p. 210.

actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo. La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en un darme a mí mismo: para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona.

35. Éste es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo —la cruz—, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia. Cuanto más se esfuerza uno por los demás, mejor comprenderá y hará suya la palabra de Cristo: «Somos unos pobres siervos» (*Lc 17,10*). En efecto, reconoce que no actúa fundándose en una superioridad o mayor capacidad personal, sino porque el Señor le concede este don. A veces, el exceso de necesidades y lo limitado de sus propias actuaciones le harán sentir la tentación del desaliento. Pero, precisamente entonces, le aliviará saber que, en definitiva, él no es más que un instrumento en manos del Señor; se liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo —algo siempre necesario— en primera persona y por sí solo. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio sólo en lo que podemos y hasta que Él nos dé fuerzas. Sin embargo, hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: «Nos apremia el amor de Cristo» (*2 Co 5, 14*).

36. La experiencia de la inmensa necesidad puede, por un lado, inclinarnos hacia la ideología que pretende realizar ahora lo que, según parece, no consigue el gobierno de Dios sobre el mundo: la solución universal de todos los problemas. Por otro, puede convertirse en una tentación a la inercia ante la impresión de que, en cualquier caso, no se puede hacer nada. En esta

situación, el contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para continuar en el camino recto: ni caer en una soberbia que desprecia al hombre y en realidad nada construye, sino que más bien destruye, ni ceder a la resignación, la cual impediría dejarse guiar por el amor y así servir al hombre. La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo. Quien reza no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo. La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello. En su carta para la Cuaresma de 1996 la beata escribía a sus colaboradores laicos: «Nosotros necesitamos esta unión íntima con Dios en nuestra vida cotidiana. Y ¿cómo podemos conseguirla? A través de la oración».

37. Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?

38. Es cierto que Job puede quejarse ante Dios por el sufrimiento incomprensible y aparentemente injustificable que hay en el mundo. Por eso, en su dolor, dice: «¿Quién me diera saber encontrarle, poder llegar a su morada!... Sabría las palabras de su réplica, comprendería lo que me dijera. ¿Precisaría gran fuerza para disputar conmigo?... Por eso estoy, ante él, horrorizado, y cuanto más lo pienso, más me espanta. Dios me ha enervado el

corazón, el Omnipotente me ha aterrorizado» (23, 3.5-6.15-16). A menudo no se nos da a conocer el motivo por el que Dios frena su brazo en vez de intervenir. Por otra parte, Él tampoco nos impide gritar como Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46). Deberíamos permanecer con esta pregunta ante su rostro, en diálogo orante: «¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar sin hacer justicia, tú que eres santo y veraz?» (cf. Ap 6, 10). San Agustín da a este sufrimiento nuestro la respuesta de la fe: «*Si comprehendis, non est Deus*», si lo comprendes, entonces no es Dios.³⁵ Nuestra protesta no quiere desafiar a Dios, ni insinuar en Él algún error, debilidad o indiferencia. Para el creyente no es posible pensar que Él sea impotente, o bien que «tal vez esté dormido» (1 R 18, 27). Es cierto, más bien, que incluso nuestro grito es, como en la boca de Jesús en la cruz, el modo extremo y más profundo de afirmar nuestra fe en su poder soberano. En efecto, los cristianos siguen creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la «bondad de Dios y su amor al hombre» (Tt 3, 4). Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros.

39. Fe, esperanza y caridad están unidas. La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras. La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da

³⁵ *Sermo 52, 16: PL 38, 360.*

la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica.

CONCLUSIÓN

40. Contemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad. Pienso particularmente en Martín de Tours († 397), que primero fue soldado y después monje y obispo: casi como un icono, muestra el valor insustituible del testimonio individual de la caridad. A las puertas de Amiens compartió su manto con un pobre; durante la noche, Jesús mismo se le apareció en sueños revestido de aquel manto, confirmando la perenne validez de las palabras del Evangelio: «Estuve desnudo y me vestisteis... Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 36. 40).³⁶ Pero ¡cuántos testimonios más de caridad pueden citarse en la historia de la Iglesia! Particularmente todo el movimiento monástico, desde sus comienzos con san Antonio Abad († 356), muestra un servicio ingente de caridad hacia el prójimo. Al confrontarse «cara a cara» con ese Dios que es Amor, el monje percibe la exigencia apremiante de transformar toda su vida en un servicio al prójimo, además de servir a Dios. Así se explican las grandes estructuras de acogida, hospitalidad y asistencia surgidas junto a los monasterios. Se explican también las innumerables iniciativas de promoción humana y de formación cristiana destinadas especialmente a los más pobres de las que se han hecho cargo las Órdenes monásticas y Mendicantes primero, y después los diversos Institutos religiosos masculinos y femeninos a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Figuras de Santos como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Camilo de Lelis, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, José B. Cottolengo, Juan Bosco, Luis Orione, Teresa de Calcuta —por citar sólo algunos nombres— siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad. Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor.

³⁶ Cf. Sulpicio Severo, *Vita Sancti Martini*, 3, 1-3: *SCh* 133, 256-258.

41. Entre los Santos, sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. El *Evangelio de Lucas* la muestra atareada en un servicio de caridad a su prima Isabel, con la cual permaneció «unos tres meses» (1, 56) para atenderla durante el embarazo. «*Magnificat anima mea Dominum*», dice con ocasión de esta visita —«proclama mi alma la grandeza del Señor»— (Lc 1, 46), y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. Lc 1, 38. 48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas. Es una mujer de fe: «¡Dichosa tú, que has creído!», le dice Isabel (Lc 1, 45). El *Magnificat* —un retrato de su alma, por decirlo así— está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada. María es, en fin, una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos de la infancia. Lo vemos en la delicadeza con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y lo hace presente a Jesús. Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la

Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cf. *Jn* 2, 4; 13, 1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cf. *Jn* 19, 25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 14).

42. La vida de los Santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María. La palabra del Crucificado al discípulo —a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn* 19, 27)— se hace de nuevo verdadera en cada generación. María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial «del que manarán torrentes de agua viva» (*Jn* 7, 38). María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. A ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor:

Santa María, Madre de Dios,
tú has dado al mundo la verdadera luz,
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios.
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así en fuente

de la bondad que mana de Él.
Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él.
Enséñanos a conocerlo y amarlo,
para que también nosotros
podamos llegar a ser capaces
de un verdadero amor
y ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento.

Dado en Roma, junto a San Pedro, 25 de diciembre,
solemnidad de la Natividad del Señor, del año 2005, primero de mi
Pontificado.

ARZOBISPO

Carta Pastoral en la Campaña de “Manos Unidas”. Febrero 2006

TEXTO CASTELLANO

“Otro mundo es posible. Depende de ti”

Queridos diocesanos:

Manos Unidas presenta su Campaña este año con un mensaje claro: “la vida de cada ser humano es en si misma un don y está llena de misterio y grandeza; hay que cuidarla”. A este objetivo se oponen el hambre y la pobreza que siguen siendo un desafío mundial y una grave situación para millones de personas. No podemos mirar para otra parte ni hacer oídos sordos. *“Quien vive en la miseria no puede esperar más; tiene necesidad ahora y, por tanto, tiene derecho a recibir inmediatamente lo necesario”*. Por estas causas mueren cinco millones de niños cada año y veinte millones nacen en condiciones precarias y los que sobreviven sufren durante toda su vida discapacidades físicas y cognitivas. Y lo cierto es que 1300 millones de personas viven en *una extrema pobreza*, sin gozar de ningún servicio ni tener ninguna posibilidad de escolarización. En este panorama se describe el fenómeno de la creciente pobreza material reflejada en la situación referida, pobreza cultural contrastada en el analfabetismo, pobreza espiritual originada por la falta de libertad religiosa, y pobreza política que impide participar en la construcción de la propia nación.

Tiempo de esperanza

Lo referido anteriormente hace evidente que *“la pobreza hoy en el mundo es auténtico problema que tiene rasgos dramáticos”*, y

es el gran reto que exige por parte de la comunidad internacional una voluntad decidida de buscar un nuevo orden y recorrer los caminos de las nuevas formas de solidaridad, teniendo siempre como meta el bien común. Otro mundo más habitable y otra sociedad más justa son posibles si cada uno colabora al bien común de todos. Esto comporta considerar nuestro propio compromiso, encontrar solución definitiva al pesado lastre de la deuda externa de los países pobres, garantizar la financiación necesaria a través de diferentes formas, hacer efectiva la aportación necesaria del presupuesto anual de los países desarrollados, y revisar los actuales estructuras para trabajar en un modelo de desarrollo "integral y solidario". Por otra parte es preciso corregir unos mecanismos económicos, financieros y sociales que hacen más rígida la riqueza de unos y la pobreza de otros. "No se puede ignorar que las fronteras de la riqueza y de la pobreza atraviesan en su interior las mismas sociedades tanto desarrolladas como en vías de desarrollo. Pues al igual que existen desigualdades sociales hasta llegar a niveles de miseria en países ricos, también de forma paralela en los países menos desarrollados se ven a menudo manifestaciones de egoísmo y ostentación desconcertantes y escandalosas"³⁷.

Las lógicas reformas estructurales en el ámbito económico serán efectivas para reducir con éxito el hambre en el mundo si la solidaridad internacional posibilita la reorientación de la cooperación mundial en los términos de una nueva cultura de la solidaridad de forma que los habitantes de los países pobres puedan ser protagonistas de su desarrollo y no dejados al margen de la participación de los beneficios en este proceso de globalización que está determinando el ritmo de nuestra sociedad. Por eso es necesario que se impliquen las organizaciones internacionales en promover la cultura, mejorar la responsabilidad gubernamental, y aumentar los niveles educativos. "El progreso técnico sólo será auténticamente eficaz si encuentra su lugar en una perspectiva más amplia, en la que el hombre ocupa el centro, con la preocupación de tener en cuenta el conjunto de sus

³⁷ JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, n° 4.

necesidades y aspiraciones, pues *no sólo de pan vive el hombre*" (Mt 4,4)³⁸.

Llamada a todos

Hemos de trabajar para que nuestra sociedad sea un ámbito cada vez más habitable. Consecuentemente los países ricos han de poner freno a las ambiciones de crecer indefinidamente y consumir ilimitadamente para que los países pobres puedan llegar a ser menos pobres. "La solidaridad como actitud de fondo implica, en las decisiones económicas, sentir la pobreza ajena como propia, hacer carne de uno mismo la miseria de los marginados y, a la vista de ello, actuar con rigurosa coherencia"³⁹. La llamada a la solidaridad compromete a todos los grupos de la sociedad, desde los individuos a las asociaciones civiles, confesiones religiosas, gobiernos e instituciones internacionales, buscando el bien de todos y de cada uno. Cuanto más indefensas están las personas en la sociedad tanto más necesitan el apoyo y el cuidado de los demás. En este sentido, los niños pobres tienen más probabilidades de carecer de educación y menos posibilidades de escapar de la pobreza en el futuro. El destino de muchas personas dependerá de la respuesta a esta llamada global para actuar contra la pobreza, sin olvidar que el hambre y la pobreza son una cuestión de justicia. "Lo que da sentido a la solidaridad es la consideración del ser humano como persona y la firme decisión de poner todos los medios a nuestro alcance para superar las causas que provocan, mantienen o acrecientan el dolor de tantos hermanos". Se nos pide austeridad, renuncia a todo egoísmo, desprendimiento y sentido de la gratuidad más allá de todo sentimiento "filantrópico, superficial y transitorio". Es necesario seguir apoyando la labor incansable de los misioneros y de las organizaciones eclesiales así como acrecentar la colaboración con otras instituciones que no ahorran esfuerzo alguno en este propósito. La Iglesia apoya y anima este compromiso invitando a manifestar *un amor preferencial por los*

³⁸ Mensaje del Papa Benedicto XVI al director general de la ONU para la Alimentación y la Agricultura, Jacques Diouf en la Jornada mundial de la Alimentación, 12 de octubre de 2005.

³⁹ JUAN PABLO II. *Discurso sobre la economía en Chile*, 3-4-1987.

pobres. No olvidemos que la generosidad es también signo de cercanía con los más desfavorecidos en nuestra sociedad.

Os saluda con afecto y bendice en el Señor,

✠ Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela.

Carta Pastoral na Campaña de “Mans Unidas”. Febreiro 2006

TEXTO GALLEGO

“Outro mundo é posible. Depende de ti”

Queridos diocesanos:

Mans Unidas presenta a súa Campaña este ano cunha mensaxe clara: “a vida de cada ser humano é en si mesma un don e está chea de misterio e grandeza; hai que coidala”. A este obxectivo opóñense a fame e a pobreza que seguen a ser un desafío mundial e unha grave situación para millóns de persoas. Non podemos mirar para outra parte nin facer oídos xordos. *“Quen vive na miseria non pode esperar máis; ten necesidade agora e, por tanto, ten dereito a recibir inmediatamente o necesario”*. Por estas causas morren cinco millóns de nenos cada ano e vinte millóns nacen en condicións precarias e os que sobreviven sofren durante toda a súa vida discapacidades físicas e cognitivas. E o certo é que 1300 millóns de persoas viven *nunha extrema pobreza*, sen gozar de ningún servizo nin ter ningunha posibilidade de escolarización. Neste panorama descríbese o fenómeno da crecente pobreza material amosada na situación referida, pobreza cultural contrastada no analfabetismo, pobreza espiritual orixinada pola falta de liberdade relixiosa, e pobreza política que impide participar na construción da propia nación.

Tempo de esperanza

O referido anteriormente fai evidente que *“a pobreza hoxe no mundo é auténtico problema que ten características dramáticas”*, e é o gran reto que esixe por parte da comunidade internacional unha vontade decidida de buscar unha nova orde e recorrer-las camiños das novas formas de solidariedade, tendo sempre como meta o ben común. Outro mundo máis habitable e outra sociedade máis xusta son posibles si cada un colabora ó ben

común de todos. Isto comporta considera-lo noso propio compromiso, encontrar solución definitiva ó pesado lastre da débeda externa dos países pobres, garanti-lo financiamento necesaria a través de diferentes formas, facer efectiva a aportación necesaria do presuposto anual dos países desenrolados, e revisa-las actuais estruturas para traballar nun modelo de desenrolo "integral e solidario". Por outra parte é preciso corrixir uns mecanismos económicos, financeiros e sociais que fan máis ríxida a riqueza duns e a pobreza doutros. "Non se pode ignorar que as fronteiras da riqueza e da pobreza atravesan no seu interior as mesmas sociedades tanto desenroladas coma en vías de desenrolo. Pois ó igual que existen desigualdades sociais ata chegar a niveis de miseria en países ricos, tamén de forma paralela nos países menos desenrolados vense a miúdo manifestacións de egoísmo e ostentación desconcertantes e escandalosas"⁴⁰.

As lóxicas reformas estruturais no ámbito económico serán efectivas para reducir con éxito a fame no mundo si a solidariedade internacional posibilita a reorientación da cooperación mundial nos termos dunha nova cultura da solidariedade de xeito que os habitantes dos países pobres podan ser protagonistas do seu desenrolo e non deixados á beira da participación dos beneficios neste proceso de globalización que está determinando o ritmo da nosa sociedade. Por iso cómpre implica-las organizacións internacionais en promove-la cultura, mellora-la responsabilidade governamental, e aumenta-los niveles educativos. "O progreso técnico só será autenticamente eficaz se atopa o seu lugar nunha perspectiva máis ampla, na que o home ocupa o centro, coa preocupación de ter en conta o conxunto das súas necesidades e aspiracións, pois *non soamente de pan vive o home*" (Mt 4,4)⁴¹.

Chamada a todos

Habemos de traballar para que a nosa sociedade sexa un ámbito cada vez máis habitable. Consecuentemente os países ricos han de por freo ás ambicións de crecer indefinidamente e consumir

⁴⁰ XOÁN PAULO II, *Sollicitudo rei socialis*, nº 4.

⁴¹ Mensaxe do Papa Benedicto XVI ó director xeral da ONU para a Alimentación e a Agricultura, Jacques Diouf na Xornada mundial da Alimentación, 12 de outubro de 2005.

ilimitadamente para que os países pobres podan chegar a ser menos pobres. “A solidariedade coma actitude de fondo implica, nas decisións económicas, senti-la pobreza allea como propia, facer carne dun mesmo a miseria dos marxidados e, á vista de iso, actuar con rigorosa coherencia”⁴². A chamada á solidariedade compromete a tódolos grupos da sociedade, desde os individuos ás asociacións civís, confesións relixiosas, gobernos e institucións internacionais, buscando o ben de todos e de cada un. Canto máis indefensas están as persoas na sociedade tanto máis necesitan o apoio e o coidado dos demais. Neste sentido, os nenos pobres teñen máis probabilidades de carecer de educación e menos posibilidades de escapar da pobreza no futuro. O destino de moitas persoas dependerá da resposta a esta chamada global para actuar contra a pobreza, sen esquecer que a fame e a pobreza son unha cuestión de xustiza. “O que da sentido á solidariedade é a consideración do ser humano coma persoa e a firme decisión de por tódolos medios ó noso alcance para supera-las causas que provocan, manteñen ou acrecentan a dor de tantos irmáns”. Pídesenos austeridade, renuncia a todo egoísmo, desprendemento e sentido da gratuidade máis alá de todo sentimento “filantrópico, superficial e transitorio”. É necesario seguir apoiando a labor incansable dos misioneiros e das organizacións eclesiais así como acrecenta-la colaboración con outras institucións que non aforran esforzo algún neste propósito. A Igrexa apoia e anima este compromiso invitando a manifestar *un amor preferencial polos pobres*. Non esquezamos que a xenerosidade é tamén signo de proximidade cos máis desfavorecidos na nosa sociedade.

Saúdavos con afecto y bendí no Señor,

✠ Julián Barrio Barrio
Arzobispo de Santiago de Compostela

⁴² XOÁN PAULO II. *Discurso sobre a economía en Chile*, 3-4-1987.

Carta Pastoral en la Cuaresma del 2006

TEXTO CASTELLANO

Queridos diocesanos:

La oración litúrgica nos invita constantemente a pedirle al Señor hacer más religiosa nuestra vida y acrecentar el bien en nosotros. "La Cuaresma como nos dice el Papa, es el tiempo privilegiado de la peregrinación interior hacia Aquel que es la fuente de la misericordia". Peregrinos en el camino de regreso desde nuestra existencia terrena a Dios, durante el tiempo cuaresmal encontramos en la oración, el ayuno y la limosna tres puntos de apoyo y de orientación fundamentales.

Este período de preparación para la Pascua, debe tener "una influencia real y no sólo exterior en nuestra existencia" y ha de ser un "momento privilegiado de búsqueda de sentido" a través del cambio de "estilo y ritmo de vida" diario, porque "no hay ninguna profesión ni vocación que no pueda ser transformada". Las circunstancias actuales reclaman más que nunca vivir este tiempo litúrgico a través de la conversión de nuestro corazón que es volver a Dios siguiendo a Jesús, "camino, verdad y vida" que nos mira siempre con "mirada conmovida".

Actitud orante

Se nos invita a la oración. Para los cristianos orar significa dejarnos amar por Dios, siempre dispuestos a escucharle y a cumplir su voluntad, presentándole el don de nuestra existencia con alabanza y súplica, siempre con la libertad de los hijos de Dios, porque "no hemos recibido un espíritu de esclavos para caer en el temor, sino que hemos recibido un espíritu de hijos adoptivos" (Rom 8,15). Y donde está el espíritu está la libertad (2Cor 3,17) manifestada en la apertura interior, la confianza, la sinceridad y la ausencia de prejuicios al hablar con Dios. "La oración es un diálogo con Dios y un bien sumo. Es, de hecho, una comunión íntima con Él. Como los ojos del cuerpo viendo la luz, son iluminados, así

también el alma que tiende hacia Dios, es iluminada por la luz de la oración⁴³. Los miembros de la primitiva comunidad cristiana eran asiduos en la oración (Hech 2,42). “Orar incesantemente no significa estar continuamente de rodillas o con los brazos levantados. Existe otra forma de oración, aquella interior, y es tu deseo. Si es continuo tu deseo, es también continua tu oración. Quien desea a Dios y su descanso, aunque calle con la lengua, canta y reza con el corazón. Quien no tiene este deseo de Dios, puede gritar lo que quiera, pero para Dios es mudo⁴⁴. Seguramente que nosotros tenemos que decirle también al Señor: “Enseñanos a orar” (Lc 11,1). La oración es el espejo fiel de nuestra vida. Sólo nos renovaremos si nos exponemos a la luz de Dios y fijamos en nuestra alma la acción del Espíritu Santo, “que hace nuevas todas las cosas” y “viene en ayuda de nuestra flaqueza porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; más el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inenarrables” (Rom 8,26-27).

Llamada al ayuno

También la Iglesia nos convoca al ayuno que implica una actitud de fe, de humildad, de confianza en la providencia de Dios, de esperanza y de amor al hombre, sabiendo que “buena es la oración con ayuno y mejor es la limosna con la justicia” (Tb 12,8). En la gran tradición espiritual, el ayuno se comprende como actitud de apertura total a la gracia del Señor en espera de su retorno, por lo que se deja en segundo plano la necesidad física de alimentarse. En la tradición cristiana, “representa sobre todo la dimensión de la espera del Señor” “y la apertura del corazón, despojándose de todo lo que es obstáculo al don de su venida. Los Santos Padres consideran que el ayuno facilita la apertura del hombre a la Palabra de Dios (cf. Mt 4,4) y al cumplimiento de su voluntad (cf. Jn 4,34), y afirman que está en estrecha conexión con la oración, fortalece la virtud, suscita la misericordia y conduce a la conversión del corazón sin la cual es difícilmente imaginable encontrar solución a las situaciones dramáticas que vivimos en nuestra peregrinación

⁴³ SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilía VI sobre la oración*: PG 64, 462.

⁴⁴ SAN AGUSTIN, *Enarraciones in psalmos*, 37,14; 86,1.

terrena. La conversión nos lleva a reconocer nuestras culpas, a abrir los ojos hacia los otros, a acoger en nuestro corazón las realidades divinas y a renovar la comunión con todos los hombres y con la creación entera, asumiendo la tarea que nos corresponde en la historia. En este mar de palabras en el que navegamos sería oportuno ayunar de palabras superfluas que han perdido sentido y razón de ser. Cuantas veces nos damos cuenta de que es mejor callar o hablar de forma diferente de cómo lo estamos haciendo, reconociendo que una palabra dicha sin la reflexión debida tiene consecuencias negativas insospechadas. Como nos dijo el Papa en Colonia "la palabra es la vía maestra en la educación de la mente". También con nuestra palabra podemos dar testimonio porque una conversación en el lugar de trabajo, en el ámbito de la amistad o en el entorno familiar, "puede hacer mucho más que un gran discurso para comunicar una concepción de la vida, una actitud hacia los demás o una mirada nueva en el trabajo". Hay muchos ruidos de fondo en nuestra vida que nos están impidiendo gozar de ese silencio necesario para abrirnos al interior de nosotros mismos. El silencio nos da miedo y sin embargo, "un mundo silencioso no es un mundo de vacío".

Samaritanos de la limosna

La limosna, gesto del hombre para con su prójimo, es ante todo una imitación de los gestos de Dios cuya bondad se ha manifestado siempre con nosotros. La misericordia del hombre con sus semejantes sólo es auténtica si se refleja en las obras, entre las cuales tiene un puesto importante el apoyo material a los que se hallan en la necesidad. Los pobres existen y hay que responder a su llamada con generosidad y delicadeza. La limosna como gesto religioso, va más allá de la pura filantropía, y "es una actitud del corazón humilde, arrepentido, misericordioso, compasivo, que busca reproducir en las relaciones con los demás la experiencia de misericordia que cada uno de nosotros vive en la relación con Dios". En este sentido es una manifestación de la vida religiosa que encuentra su sentido en la fe en Cristo. Es el mismo Cristo quien nos dice que hemos de realizarla: "sin esperar nada a cambio" (Lc 6,35;14,14); sin medida (Lc 6,30) porque le alcanzamos a Él a través de los hermanos necesitados (Mt 25,31-46), porque es

fuelle de retribución celestial (Mt 6,2-4), porque para seguir a Cristo no hemos de echar de menos nuestros bienes propios (Mt 19,21), porque hemos de imitar a Jesús que siendo rico, se hizo pobre (2Cor 8,9). A los pobres hemos de socorrerlos desde la referencia al amor de Dios manifestado en Cristo que acoge y perdona.

Os saluda con todo afecto y bendice en el Señor,

✠ Julián Barrio Barrio,
Arcebispo de Santiago de Compostela.

Carta Pastoral na Coresma do 2006

TEXTO GALLEGO

Queridos diocesanos:

A oración litúrxica invítanos constantemente a pedirlle ó Señor facer máis relixiosa a nosa vida e acrecenta-lo ben en nós. "A Coresma como nos di o Papa, é o tempo privilexiado da peregrinación interior cara Aquel que é a fonte da misericordia". Peregrinos no camiño de regreso desde a nosa existencia terrea a Deus, durante o tempo coresmal encontramos na oración, no xaxún e na esmola tres puntos de apoio e de orientación fundamentais.

Este período de preparación para a Pascua, debe ter "unha influencia real e non só exterior na nosa existencia" e ha de ser un "momento privilexiado de busca de sentido" a través do cambio de "estilo e ritmo de vida" diario, porque "non hai ningunha profesión nin vocación que non poida ser transformada". As circunstancias actuais reclaman máis que nunca vivir este tempo litúrxico a través da conversión do noso corazón que é volver a Deus seguindo a Xesús, "camiño, verdade e vida" que nos mira sempre con "ollada conmovida".

Actitude orante

Invítasenos á oración. Para os cristiáns orar significa deixarnos amar por Deus, sempre dispostos a escoitalo e a cumprila súa vontade, presentándolle o don da nosa existencia con loanza e súplica, sempre coa liberdade dos fillos de Deus, porque "non recibistes un espírito de escravitude, para volverdes ó medo. Non. Vós recibistes un espírito de fillos adoptivos" (Rom 8,15). E onde está o espírito está a liberdade (2Cor 3,17) manifestada na apertura interior, a confianza, a sinceridade e a ausencia de prexuizos ó falar con Deus. "A oración é un diálogo con Deus e un ben sumo. É, de feito, unha comunión íntima con El. Coma os ollos

do corpo vendo a luz, son iluminados, así tamén a alma que tende cara a Deus, é iluminada pola luz da oración⁴⁵. Os membros da primitiva comunidade cristiá eran perseverantes na oración (Hech 2,42). “Orar incesantemente non significa estar continuamente de xeonllos ou cos brazos levantados. Existe outra forma de oración, aquela interior, e é o teu desexo. Se é continuo o teu desexo, é tamén continua a túa oración. Quen desexa a Deus e o seu descanso, aínda que cale coa lingua, canta e reza co corazón. Quen non ten este desexo de Deus, pode gritar o que queira, pero para Deus é mudo⁴⁶. Seguramente que nós temos que dicirlle tamén ó Señor: “Apréndenos a rezar” (Lc 11,1). A oración é o espello fiel da nosa vida. Só nos renovaremos se nos expoñemos á luz de Deus e fixamos na nosa alma a acción do Espírito Santo, “que fai novas tódalas cousas” e “acode a axuda-la nosa debilidade. Nós non sabemos como debemos orar para pedi-lo que convén; pero o Espírito en persoa intercede por nós con xemidos máis fondos cás palabras” (Rom 8,26-27).

Chamada ó xaxún

Tamén a Igrexa convócanos ó xaxún que implica unha actitude de fe, de humildade, de confianza na providencia de Deus, de esperanza e de amor ó home, sabendo que “máis vale a oración con verdade e a esmola xusta” (Tb 12,8). Na grande tradición espiritual, o xaxún compréndese coma actitude de apertura total á gracia do Señor en espera do seu retorno, polo que se deixa en segundo plano a necesidade física de alimentarse. Na tradición cristiá, “representa sobre todo a dimensión da espera do Señor” “e a apertura do corazón, despoxándose de todo o que é obstáculo ó don da súa vinda. Os Santos Pais consideran que o xaxún facilita a apertura do home á Palabra de Deus (cf. Mt 4,4) e ó cumprimento da súa vontade (cf. Xn 4,34), e afirman que está en estreita conexión coa oración, fortalece a virtude, suscita a misericordia e conduce á conversión do corazón sen a que é dificilmente imaxinable atopar solución ás situacións dramáticas que vivimos na nosa peregrinación terrea. A conversión lévanos a recoñece-las

⁴⁵ SAN XOÁN CRISOSTOMO, *Homilía VI sobre a oración*: PG 64, 462.

⁴⁶ SANTO AGOSTIÑO, *Enarraciones in psalmos*, 37,14; 86,1.

nosas culpas, a abri-los ollos cara ós outros, a acoller no noso corazón as realidades divinas e a renova-la comunión con tódolos homes e coa creación enteira, asumindo a tarefa que nos corresponde na historia. Neste mar de palabras no que navegamos sería oportuno xaxuar de palabras superfluas que perderon sentido e razón de ser. Cantas veces dámonos conta de que é mellor calar ou falar de forma diferente de como o estamos a facer, recoñecendo que unha palabra dita sen a reflexión debida ten consecuencias negativas insospeitadas. Como nos dixo o Papa en Colonia “a palabra é a vía mestra na educación da mente”. Tamén coa nosa palabra podemos dar testemuño porque unha conversación no lugar de traballo, no ámbito da amizade ou no entorno familiar, “pode facer moito máis que un gran discurso para comunicar unha concepción da vida, unha actitude cara ós demais ou unha mirada nova no traballo”. Hai moitos ruídos de fondo na nosa vida que nos están a impedir gozar dese silencio necesario para abrirnos ó interior de nós mesmos. O silencio danos medo e nembargantes, “un mundo silencioso non é un mundo de baleiro”.

Samaritanos da esmola

A esmola, xesto do home para co seu próximo, é ante todo unha imitación dos xestos de Deus que manifestou sempre a súa bondade con nós. A misericordia do home cos seus semellantes só é auténtica se se reflexa nas obras, entre as que ten un posto importante o apoio material ós que se atopan na necesidade. Os pobres existen e hai que responder á súa chamada con xenerosidade e delicadeza. A esmola coma xesto relixioso, vai máis alá da pura filantropía, e “é unha actitude do corazón humilde, arrepenido, misericordioso, compasivo, que busca reproducir nas relacións cos demais a experiencia de misericordia que cada un de nós vive na relación con Deus”. Neste sentido é unha manifestación da vida relixiosa que atopa o seu sentido na fe en Cristo. É o mesmo Cristo quen nos di que habemos de realizala: “sen esperar nada a cambio” (Lc 6,35;14,14); sen medida (Lc 6,30) porque alcanzámolo a El a través dos irmáns necesitados (Mt 25,31-46), porque é fonte de retribución celestial (Mt 6,2-4), porque para seguir a Cristo non habemos de votar de menos os nosos bens propios (Mt 19,21), porque habemos de imitar a Xesús que sendo

rico, fíxose pobre (2Cor 8,9). Ós pobres habemos de socorrelos desde a referencia ó amor de Deus manifestado en Cristo que acolle e perdoa.

Saúdavos con todo afecto e bendí no Señor,

✠ Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela.

Carta Pastoral en el Día del Seminario. Marzo 2006

TEXTO CASTELLANO

Queridos diocesanos:

Quiero vivir gozosamente con todos vosotros esta jornada en la que tenemos presentes de manera especial a quienes forman las comunidades de nuestros Seminarios diocesanos, mayor y menor. Es una oportunidad para hacer una reflexión sobre esta institución eclesial que debe estar hondamente enraizada en el afecto y consideración de todos los diocesanos.

Objetivo del Seminario

El Seminario es ese campo sembrado de esperanza para la vida de la Iglesia diocesana. En el primer encuentro que el Papa Benedicto XVI tenía con los seminaristas en Colonia manifestaba su sentir sobre el Seminario, ofreciéndonos las claves para interpretar el proceso de presencia del seminarista en este ámbito formativo. “Es, *decía*, no tanto un lugar sino un tiempo significativo en la vida del discípulo de Jesús que se encuentra en un tiempo fuerte de búsqueda de Cristo y de encuentro con Él, en vista de una misión importante en la Iglesia”. Acento significativo puso en la preocupación por la formación humana e intelectual de los seminaristas al subrayar que “es tiempo destinado a la formación y al discernimiento... Su objetivo más profundo es el de hacer conocer íntimamente aquel Dios que en Jesucristo nos ha mostrado su rostro. Por esto es necesario un estudio profundo de la Sagrada Escritura como también de la fe y de la vida de la Iglesia, en la cual la Escritura permanece como palabra viva. Todo esto debe enlazarse con las preguntas de nuestra razón y, por tanto, con el contexto de la vida humana de hoy. Este estudio, a veces, puede parecer pesado, pero constituye una parte insustituible de nuestro encuentro con Cristo y de nuestra llamada a anunciarlo. Todo contribuye a desarrollar una personalidad coherente y equilibrada,

capaz de asumir válidamente la misión presbiteral y llevarla a cabo después responsablemente". Evidentemente en el Seminario se ha de cultivar y cuidar la formación espiritual al ser "un tiempo de camino, de búsqueda, pero sobre todo de descubrimiento de Cristo. En efecto sólo si se tiene una experiencia personal de Cristo, el joven puede comprender en verdad su voluntad y por lo tanto la propia vocación... Durante el tiempo de Seminario se produce una maduración particularmente significativa en la conciencia del joven seminarista: ya no ve la Iglesia desde fuera, sino la siente, por así decir, en su interior, como su casa, porque es casa de Cristo donde habita María, su madre". Por otra parte ha de cuidarse la formación pastoral ya que "es un tiempo de preparación para la misión... También vosotros, después del largo y necesario itinerario formativo del seminario, seréis enviados para ser los ministros de Cristo: cada uno de vosotros volverá entre la gente como alter Christus".

"Por Cristo y por los demás, hazte cura"

En este contexto encuentra interpretación sencilla el lema del día del Seminario este año: **"Por Cristo y por los demás, hazte cura"**. "La caridad de Cristo nos constriñe, persuadidos como estamos de que si uno murió por todos para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó" (2Cor5,14-15). Jesús quiere a los sacerdotes que tengan una dedicación plena al Evangelio, poniendo al servicio de los demás lo que gratuitamente han recibido en el ministerio sacerdotal. El, "viendo a la muchedumbre, se enterneció de compasión por ella, porque estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor" (Mt 9,36), y manifestando que ante lo mucho que había que hacer, "los obreros eran pocos" (Mt 9,37). Hoy también el Señor se dirige a tantos y tantos jóvenes que se encuentran ociosos en la vida, y les llama a trabajar en su viña a través del ministerio sacerdotal. A ellos les digo que no tengan miedo en responderle positivamente con decisión y generosidad.

Testimonio de Francisco Javier

No perdemos en este año la referencia de San Francisco Javier. Toda su actividad misionera se sustentaba en la actitud

orante y la caridad pastoral, consciente de “que Dios hace más caso de la buena voluntad llena de humildad con la cual nos ofrecemos a él, dando por amor toda nuestra vida al servicio de su gloria, que aprecia y estima los servicios que se hacen, por grandes que sean”. El santo navarro reflejó grandeza de pensamientos, nobleza de corazón y sencillez en la magnanimidad. En su significativo quehacer apostólico y misionero gastó su vida probando la verdad de la Iglesia. “En poco tiempo hizo mucho” (cf. Sap 4,13). Sintió la tarea evangelizadora como una necesidad, recordando la manifestación de Pablo: “Ay de mi si no evangelizare” (1Cor 9,16) y pudiéndosele aplicar el relato que hace de si mismo el Apóstol de los gentiles: “Muchas veces en viaje me vi en peligro de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos, peligros y fatigas en prolongadas vigiliass muchas veces, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez” (2Cor 11,26-27). En medio de las dificultades culturales y lingüísticas, en las costas de Malabar, afirmaba que los habitantes de aquellas tierras le comprendían tanto como él a ellos: “Yo vago entre este pueblo, solo, sin intérprete; los pobres me hacen comprender sin intérprete sus necesidades y yo, al verlos, los comprendo sin intérprete”. Todos entienden el lenguaje de la caridad.

Nuestra respuesta pastoral

También hoy la Iglesia “tiene ante sus ojos el mundo de los hombres, es decir, toda la familia humana con la universalidad de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro del género humano, marcado por su destreza, sus derrotas y sus victorias; el mundo, que los fieles cristianos creen creado y conservado por el amor del Creador, colocado ciertamente bajo la esclavitud del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado, una vez que fue quebrantado el poder del Maligno, para que se transforme según el designio de Dios y llegue a su consumación” (GS 2). Una Iglesia viva y renovada debe ser capaz de sacar de su interior, de su propia matriz fecunda, las vocaciones que necesita para atender mejor el servicio pastoral. Os pido vuestra oración incesante y colaboración económica generosa para que podamos atender las

necesidades de nuestros Seminarios Mayor y Menor a fin de que tengamos vocaciones abundantes al servicio de la Iglesia, y medios necesarios para lograr la mejor formación posible de nuestros seminaristas.

Os saluda con todo afecto y bendice en el Señor,

✠ Xulián Barrio Barrio,
Arcebispo de Santiago de Compostela.

Carta Pastoral no Día do Seminario. Marzo 2006

TEXTO GALLEGO

Queridos diocesanos

Quero vivir gozosamente con todos vós esta xornada na que temos presentes de xeito especial a quen forman as comunidades dos nosos Seminarios diocesanos, maior e menor. É unha oportunidade para facer unha reflexión sobre esta institución eclesial que debe estar fondamente enraizada no afecto e consideración de tódolos diocesanos.

Obxectivo do Seminario

O Seminario é ese campo sementado de esperanza para a vida da Igrexa diocesana. No primeiro encontro que o Papa Benedicto XVI tivo cos seminaristas en Colonia manifestaba o seu sentir sobre o Seminario, ofrecéndono-las claves para interpreta-lo proceso de presenza do seminarista neste ámbito formativo. “É, *dicía*, non tanto un lugar senón un tempo significativo na vida do discípulo de Xesús que se atopa nun tempo forte de procura de Cristo e de encontro con El, en vista dunha misión importante na Igrexa”. Acento significativo puxo na preocupación pola formación humana e intelectual dos seminaristas ó subliñar que “é tempo destinado á formación e ó discernimento... O seu obxectivo máis profundo é o de facer coñecer intimamente aquel Deus que en Xesucristo mostróuno-lo seu rostro. Por isto cómpre un estudio profundo da Sagrada Escritura coma tamén da fe e da vida da Igrexa, na que a Escritura permanece coma palabra viva. Todo isto debe enlazarse coas preguntas da nosa razón e, por tanto, co contexto da vida humana de hoxe. Este estudio, a veces, pode parecer pesado, pero constitúe unha parte insubstituíble do noso encontro con Cristo e da nosa chamada a anuncialo. Todo contribúe a desenrolar unha personalidade coherente e equilibrada,

capaz de asumir validamente a misión presbiteral e levala a cabo despois de xeito responsable". Evidentemente no Seminario hase cultivar e coida-la formación espiritual ó ser "un tempo de camiño, de procura, pero sobre todo de descubrimento de Cristo. En efecto só se se ten una experiencia persoal de Cristo, o mozo pode comprender en verdade a súa vontade e polo tanto a propia vocación... Durante o tempo de Seminario prodúcese unha maduración particularmente significativa na conciencia do xove seminarista: xa non ve a Igrexa desde fora, senón a sinte, por así dicir, no seu interior, coma a súa casa, porque é casa de Cristo onde habita María, a súa nai". Por outra parte ha de coidarse a formación pastoral xa que "é un tempo de preparación para a misión... Tamén vós, despois do longo e necesario itinerario formativo do seminario, seredes enviados para se-los ministros de Cristo: cada un de vós volverá entre a xente como alter Christus".

"Por Cristo e polos demais, faite cura"

Neste contexto encontra interpretación sinxela o lema do día do Seminario este ano: **"Por Cristo e polos demais, faite cura"**. "É o amor de Cristo o que nos preme, cando pensamos que, ó morrer un por todos, morreron todos; el morreu por todos, a fin de que os que viven xa non vivan para si, senón para o que morreu e resucitou por eles" (2Cor5,14-15). Xesús quere ós sacerdotes que teñan unha dedicación plena ó Evanxeo, poñendo ó servizo dos demais o que gratuitamente recibiron no ministerio sacerdotal. El, "vendo a multitude, sentiu unha fonda compaixón por ela, porque estaban todos derreados e esmorecidos coma ovellas sen pastor" (Mt 9,36), e manifestando que ante o moito que había que facer, "os xornaleiros eran poucos" (Mt 9,37). Hoxe tamén o Señor diríxese a tantos e tantos mozos que se atopan ociosos na vida, e chámaos a traballar na súa viña a través do ministerio sacerdotal. A eles dígolles que non teñan medo en responderlle positivamente con decisión e xenerosidade.

Testemuño de Francisco Xavier

Non perdemos neste ano a referencia de San Francisco Xavier. Toda a súa actividade misioneira sustentábase na actitude orante e na caridade pastoral, consciente de "que Deus fai máis

caso da boa vontade chea de humildade coa que nos ofrecemos a el, dando por amor toda a nosa vida ó servizo da súa gloria, que aprecia e estima os servizos que se fan, por grandes que sexan". O santo navarro reflectiu grandeza de pensamentos, nobreza de corazón e sinxeleza na magnanimidade. No seu significativo quefacer apostólico e misioneiro gastou a súa vida probando a verdade da Igrexa. "En pouco tempo fixo moito" (cf. Sap 4,13). Sentiu a tarefa evanxelizadora coma unha necesidade, recordando a manifestación de Paulo: "Pobre de min se non predico o Evanxeo" (1Cor 9,16) e podéndoselle aplicar o relato que fai de si mesmo o Apóstolo dos xentís: "En camiñatas frecuentes: con perigos de ríos, perigos de salteadores, perigos de parte dos da miña raza, perigos da parte dos xentís, perigos na cidade, perigos no despoboado, perigos no mar, perigos entre falsos irmáns. En traballos e canseiras, en abondas noites sen durmir, con fame e sede, e a miúdo sen comer, con frío e sen roupa sen vestir" (2Cor 11,26-27). En medio das dificultades culturais e lingüísticas, nas costas de Malabar, afirmaba que os habitantes daquelas terras comprendíanlle tanto como el a eles: "Eu vago entre este pobo, só, sen intérprete; os pobres fanme comprender sen intérprete as súas necesidades e eu, ó velos, compréndoos sen intérprete". Todos entenden a linguaxe da caridade.

A nosa resposta pastoral

Tamén hoxe a Igrexa "ten ante os seus ollos o mundo dos homes, é dicir, toda a familia humana coa universalidade das realidades entre as que esta vive; o mundo, teatro do xénero humano, marcado pola súa destreza, as súas derrotas e as súas victorias; o mundo, que os fieis cristiáns creen creado e conservado polo amor do Creador, colocado certamente baixo a escravitude do pecado, pero liberado por Cristo crucificado e resucitado, unha vez que foi quebrantado o poder do Maligno, para que se transforme segundo o designio de Deus e chegue á súa consumación" (GS 2). Unha Igrexa viva e renovada debe ser capaz de sacar do seu interior, da súa propia matriz fecunda, as vocacións que necesita para atender mellor o servizo pastoral. Pídovola vosa oración incesante e colaboración económica xenerosa para que podamos atender-las necesidades dos nosos

Seminarios Maior e Menor a fin de que teñamos vocacións abundantes ó servizo da Igrexa, e medios necesarios para logra-la mellor formación posible dos nosos seminaristas.

Saúdavos con todo afecto e bendí no Señor,

✠ Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela.

CANCILLERIA

1.- Sacerdote fallecido

El Rvdo. Sr. D. *Francisco Chouza Somoza* falleció el pasado 10 de febrero. Había nacido el 9 de marzo de 1925 en la parroquia de Santa María de Castro, Cabo de Cruz. Fue ordenado sacerdote en la ciudad de Pontevedra el día 17 de marzo de 1956. Ese mismo año es nombrado Ecónomo de Santo Tomé de Ínsua, Capellán del Sanatorio de Conjo, y a finales del mismo Ecónomo de la parroquia San Pedro de Cervás, de la que será nombrado párroco en 1958. Presentará su renuncia a la misma en 1995. Atendió también de forma ocasional la feligresía de San Julián de Mugaros.

D.E.P.

DELEGACIÓN DIOCESANA DE PASTORAL DE JUVENTUD

Después de la Jornada Diocesana del 6 de diciembre con motivo de la Clausura del Año de la Inmaculada la Delegación de Juventud sigue trabajando para ofrecer un amplio abanico de posibilidades al servicio de todos los jóvenes.

Del 26 al 30 de diciembre de 2005 cerca de medio centenar de chicos y chicas de distintas procedencias, acompañados por cuatro sacerdotes, aprovecharon las vacaciones de Navidad para visitar la comunidad de Los Cabos (Asturias) y peregrinar hasta Loyola (País Vasco) y Javier (Navarra).

Al regreso de dicho viaje el Delegado envió una carta a todos los sacerdotes y religiosos/as en la que desarrollaba los siguientes temas:

En primer lugar reitera su ofrecimiento personal para colaborar en todas las zonas en aquellas actividades interparroquiales que se realicen con jóvenes. Igual que en el curso pasado se están organizando convivencia de un día para chicos y chicas mayores de 14 años.

Este año las convivencias se van a hacer en Sobrado dos Monxes entre las 11:00 y las 20:00 horas. Las fechas son las siguientes:

Sábado 11 de marzo

Sábado 25 de marzo

Sábado 20 de mayo

Sábado 27 de mayo

Si queremos que los jóvenes tengan experiencia de Dios y avancen en su camino de fe y compromiso es imprescindible animarles a que participen en alguna convivencia de varios días. (Siempre a partir de 3º de E.S.O.).

CONVIVENCIA DE CARNAVALES EN VALLADOLID (desde el sábado 25 al martes 28 de febrero) Para todos aquellos que quieran tener una experiencia de primera evangelización. Precio: trabajadores 140 euros / estudiantes 110 euros.

ENCUENTRO INTERDIOCESANO DE FORMACIÓN SOBRE NOVIASZGO, MATRIMONIO Y FAMILIA en Santiago (sábado 1 y domingo 2 de abril) Preparación del V Encuentro Mundial de la Familia. Precio 30 euros.

RUTA JACOBEA / CAMINO PORTUGUÉS: Porriño-Santiago (desde el viernes 7 por la noche al miércoles 12 de abril por la tarde) Preparación del Triduo Pascual.

EJERCICIOS ESPIRITUALES al ritmo del Triduo Pascual. Desde el Jueves Santo a medio día hasta el Domingo de Ramos después de comer. Precio: trabajadores 82 euros / estudiantes 60 euros.

Aunque éstas actividades están abiertas a todo tipo de jóvenes hay algunos que por enfermedad o tras haber sufrido algún accidente no pueden participar en ellas como sería deseable. Hay muchos más chicos y chicas en esta situación de lo que se piensa. Por eso, **en segundo lugar**, este año, se va a intentar animarles a hacer una peregrinación a Lourdes.

La HOSPITALIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES de A Coruña organiza esta peregrinación entre el sábado 13 y el miércoles 17 de mayo de 2006. El Delegado de Juventud se ofrece a ir personalmente a los centros escolares y parroquias a presentar este proyecto. Todos los jóvenes, también los enfermos y discapacitados, tienen derecho a ser atendidos espiritualmente y tener una experiencia gozosa de Dios y de Iglesia.

En este sentido también hay que motivar a otros jóvenes para que vayan a esta peregrinación y presten un servicio como VOLUNTARIOS Y CAMILLEROS. Los posibles voluntarios deben estar inscritos antes del 10 de marzo. Precio especial para voluntarios: 90 euros.

En tercer lugar, en dicha carta, Javier Porro escribe textualmente: “Me imagino que todos sabéis que la Delegación de Pastoral de Juventud tiene un presupuesto anual para su funcionamiento. Gracias a Dios, a la oración y colaboración de muchos, cada vez se pueden realizar más actividades al servicio de los jóvenes, lo cual también implica mayores gastos. A esto se une que hay arciprestazgos y lugares que dejan de hacer alguna iniciativa porque económicamente les supone un gran esfuerzo. Y si a los jóvenes se les cobrara lo que cuesta cada actividad realmente sería prohibitivo para muchos.

Yo os comento esta situación con total confianza para que aquellas personas particulares, parroquias o comunidades que lo deseen puedan ingresar un donativo en Caixa Galicia, en la cuenta de la Delegación, nº **2091 0348 15 300052547**. El dinero de vuestras aportaciones se destinará íntegramente para crear becas para los jóvenes con menos recursos y para desarrollar actividades de primera evangelización en las comarcas económicamente más desfavorecidas que lo soliciten.

Gracias por vuestra colaboración y apoyo. Pero sobre todo gracias por vuestra oración. Gracias especialmente a las catorce comunidades femeninas de vida contemplativa de la Diócesis, y alguna de fuera, que espiritualmente están unidas al equipo de la Delegación. A esto nos invita D. Julián a todos los diocesanos a través de la hermosa **oración** que nos ha entregado a los Delegados de Vocaciones y Juventud”.

Todos aquellos que deseen recibir estampas para repartir en las parroquias y colegios, especialmente entre los jóvenes, deben dirigirse a la Delegación.

Se acaba de editar un **“BOLETÍN INFORMATIVO I”** que pretende recoger, sin querer ser exhaustivo, algunas de las actividades para jóvenes realizadas en la Diócesis durante el año 2005 y de las que se tienen información. Lógicamente todas las parroquias y colegios religiosos tienen su propia programación pero aquí se quiere resaltar aquello que se hace interparroquialmente. También se anuncian algunas actividades para lo que resta del curso. Se ruega que se envíe desde las zonas la máxima información posible de las actividades de este año a www.depasxuventude.org

CONCIERTO Migueli – Martín Valverde.

Salón de actos Colegio La Salle. Santiago.
Jueves 9 de marzo de 2006 a las 21 horas.
Venta anticipada de entradas 5 euros en Librería Egeria
y Centro Juvenil Don Bosco.
Venta en la taquilla 7 euros.

CELEBRACIÓN JUVENIL ANIVERSARIO JUAN PABLO II.

Catedral. Santiago de Compostela.
Martes 4 de abril de 2006 a las 22 horas.
REUNIÓN PREPARATORIA
Delegación Pastoral Universitaria, S. Martín Pinario.
Viernes 17 de marzo de 2006
A las 20:30 horas.

“SEMANA DE LA PARROQUIA” VERANO 2006

La Delegación se ofrece a organizar, en aquellos lugares que reúnan las condiciones, una SEMANA DE LA PARROQUIA con actividades de primera evangelización. Se trata de una semana con programación específica para niños, jóvenes, familias ... se participa en las celebraciones parroquiales, se hacen actividades en las calles, plazas, en la playa ... Son unos días de anuncio explícito de Jesucristo especialmente a los más alejados.

Esta “SEMANA DE LA PARROQUIA” VERANO 2006 se tiene que preparar con tiempo entre el párroco correspondiente y algunos jóvenes y colaboradores de esa comunidad y el equipo itinerante de jóvenes vinculado a la Delegación.

Condiciones necesarias:

- que se trate de una parroquia que sea un poco cabecera de comarca
- que la demarcación parroquial coincida con el núcleo urbano
- que algunos jóvenes de la localidad se impliquen en el proyecto

- que haya alguna rectoral o salones con aseos para vivir durante una semana
- que el equipo de jóvenes que se desplaza sea alimentado por la comunidad

Es muy importante empezar a preparar esto cuanto antes.
¡ÁNIMO! AHORA ES EL MOMENTO ADECUADO.

FORMACIÓN. CURSO 2006 – 2007

El curso sobre sexualidad, matrimonio y familia: “Jóvenes de hoy para una Familia del mañana” está siendo todo un éxito de contenidos y participantes que se desplazan, algunos desde muy lejos, un sábado al mes a Santiago para asistir al mismo.

Para el curso que viene se está pensando ofrecer otro curso distinto con el mismo esquema de trabajo: una mañana de sábado al mes, de 9,30 a 14,00 h. con un café en el descanso y con la opción de comer aquellos que lo deseen.

Para la Delegación de Juventud es muy importante conocer la opinión de los párrocos, agentes de pastoral y de los propios jóvenes.

1º) ¿Qué tema sería bueno desarrollar?

- OPCIÓN MÚSICA - Lugar de encuentro de grupos parroquiales. Formación y difusión de música cristiana nacional e internacional. Composición y grabación. La música al servicio de la evangelización de los jóvenes más alejados. Los grupos juveniles de oración y la música ...
- OPCIÓN PEREGRINO – Muchos jóvenes peregrinan a Santiago, Muxía, Fátima, etc. ¿Cómo aprovechar este fenómeno para su evangelización? Las claves de una peregrinación cristiana. También somos meta de peregrinación: la acogida de los peregrinos en la Diócesis, formación de jóvenes hospitaleros, etc.

- OPCIÓN MONITORES DE CAMPAMENTO – Muchas parroquias hacen campamentos durante el verano ¿hay jóvenes dispuestos a sacar el título de monitor o jefe de campamento durante el curso que viene? Habría que aumentar los sábados para hacer las horas necesarias.

2ª) ¿Dónde es el mejor lugar para desarrollar el curso que se escoja? Y en ese lugar propuesto ¿habría parroquias ilusionadas con la idea y dispuestos a sacarla adelante?

“PEREGRINACIÓN A TIERRA SANTA” VERANO 2007

Un cristiano, a lo largo de su juventud, debe crecer en su parroquia junto a otros chicos y chicas de su edad, y formar parte de un grupo juvenil siguiendo un proceso personal de fe y compromiso a la vez que descubre su vocación particular.

Junto a esto conviene ofrecerle la posibilidad de que participe en ciertas experiencias enriquecedoras. Durante el año 2004 muchos han hecho el Camino de Santiago; en el 2005 tuvieron la oportunidad de participar en una Jornada Mundial de la Juventud; en este año 2006 el que lo desee puede ir a Lourdes como voluntario, y en el verano del 2007 ... nos vamos a TIERRA SANTA (si Dios quiere y no hay jaleo).

Hay que empezar desde ahora:

1º) sondear en las parroquias quiénes estarían animados a hacer este viaje

2º) que en cada zona haya un sacerdote y algún joven responsable de coordinar a los demás

3º) empezar a vender camisetas, bolígrafos, lotería ... hay que ahorrar desde ahora. (Puede llegar a costar unos 1200 euros, pero tenemos año y medio)

4º) contamos con la extraordinaria ayuda de los franciscanos, también para prepararnos para lo que se va a visitar

5º) y lo más importante es la preparación espiritual que empieza desde ahora mismo.

En la reunión general anual de fin de curso tenemos que hablar de todo esto, evaluar el año y programar el curso que viene.

Delegación Diocesana de Medios de Comunicación Social

I.- Asamblea de Delegados Diocesanos de Medios de Comunicación Social

Desde el 14 al 16 de febrero se ha reunido en la Casa de la Iglesia (Calle Añastro, 1 de Madrid) la Asamblea de Delegados Diocesanos de MCS de las Diócesis de España para estudiar y desarrollar el tema: "*Parroquia, comunicación y cultura*".

Cinco han sido los objetivos programados para su análisis:

1) Reflexionar sobre las posibilidades pastorales que las comunicaciones sociales ofrecen actualmente a la parroquia.

2) Analizar la misión de la parroquia en la conformación cultural de su entorno.

3) Descubrir líneas de animación y servicio pastoral que las delegaciones de MCS pueden prestar a las parroquias de la diócesis.

4) Conocer y valorar las posibilidades que ofrece el directorio "*Comunicación y misión*" de la CEI a favor de una pastoral orgánica de las comunicaciones sociales.

5) Consolidar y fomentar encuentros de delegados de MCS a fin de *compartir experiencias y poder realizar proyectos conjuntos*.

Inició la primera sesión con su saludo *Mons. Juan del Río Martín*, obispo de Asidonia-Jerez y presidente de la CEMCS. Seguidamente presentó el acto de la Asamblea *D. José María Gil Tamayo*, director del Secretariado de la CEMCS.

La primera ponencia: "*Parroquia y comunicación social*" estuvo a cargo del *Dr. Nuno Bras Martins*, profesor de

Comunicación de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma y Rector del Seminario dos Olivais de Lisboa.

Y la segunda ponencia ha sido desarrollada *por Mons. Juan del Río Martín*, que estudió el tema "*El obispo, primer comunicador de la Diócesis*".

En la jornada siguiente al 14 de febrero, *D. Tonino Lasconi* reflexionó en su ponencia sobre "*Pastoral de las Comunicaciones Sociales, en la parroquia. La figura del animador de la comunicación y la cultura*".

D. Tonino es párroco y miembro de la comisión preparatoria del directorio: *Comunicación y Cultura* de la Conferencia Episcopal Italiana.

La cuarta ponencia: "*Parroquia y cibercultura. Retos y posibilidades*" ha sido desarrollada *por Mons. Raúl Berzosa Martínez*, obispo auxiliar de Oviedo y miembro de la CEMCS.

Por su parte, el escritor y periodista *D. Juan Manuel de Prada* ahondó en el tema: "*El panorama cultural español y el hecho religioso cristiano*".

Y por último, al final de la jornada del día 15, *D. José María Gil Tamayo* procedió a la "Presentación de la versión en español del Directorio "*Comunicación y Cultura*" de la Conferencia Episcopal Italiana.

En la jornada del 16 se verificó la VI ponencia: "*Cine y parroquia. Posibilidades pastorales*", desarrollada por el profesor *Juan Orellana*, director del Departamento de Cine de la CEMCS. A este acto siguió la presentación por parte de *D. Javier*, miembro de la Junta Directiva Nacional, del *Plan de Comunicación y Encuentro Mundial de las Familias y viaje del Papa Benedicto XVI* a Valencia los días 8-9 de julio 2006.

Finalmente se procedió a la puesta en común de las conclusiones de los grupos y de la Asamblea de delegados diocesanos. Presidieron el acto de clausura los *obispos Mons. Juan del Río, Mons. Juan Piris Frigola*, obispo de Menorca y *Raúl Berzosa Martínez*, obispo auxiliar de Oviedo, y miembros de la CEMCS.

La Diócesis de Santiago estuvo representada por el Delegado Diocesano de MCS José Isorna, OFM, y la Srta. Silvia Rozas, periodista y secretaria de la Oficina Diocesana de Información.

II.- Tres opciones fundamentales: formación, participación, diálogo

(Continuación del número anterior del BOAS)

Aquí se imponen algunas decisiones que pueden sintetizarse en tres opciones fundamentales: *formación, participación, diálogo*.

En primer lugar, es necesaria una vasta tarea formativa para hacer que los medios de comunicación sean conocidos y usados de manera consciente y apropiada. Los nuevos lenguajes introducidos por ellos modifican los procesos de aprendizaje y la cualidad de las relaciones interpersonales, por lo cual, sin una adecuada formación se corre el riesgo de que los medios de comunicación, en lugar de estar al servicio de las personas, lleguen a instrumentalizarlas y condicionarlas gravemente.

Esto vale, en modo particular, para los jóvenes que manifiesten una propensión natural a las innovaciones tecnológicas y que, por esto mismo, tienen una mayor necesidad de ser educados en el uso responsable y crítico de los medios de comunicación.

En segundo lugar, quisiera dirigir la atención sobre el acceso a los medios de comunicación y sobre la participación corresponsable en su gestión. Si las comunicaciones sociales son un bien destinado a toda la humanidad, se deben encontrar formas siempre actualizadas para garantizar una mayor participación en su gestión, incluso por medio de medidas legislativas oportunas. Es necesario hacer crecer esta cultura de la corresponsabilidad.

Por último, no se deben olvidar las grandes potencialidades que los medios de comunicación tienen para favorecer el diálogo, convirtiéndose en vehículos de conocimiento recíproco, de solidaridad y de paz. Dichos medios constituyen un poderoso recurso positivo si se ponen al servicio de la comprensión entre los

pueblos y, en cambio, son un "arma" destructiva si se usan para alimentar injusticias y conflictos. De manera profética, mi predecesor, el beato Juan XXIII, en la *Encíclica Pacem in terris*, ya había puesto en guardia a la humanidad acerca de tales riesgos potenciales.

(De "El rápido desarrollo")

Carta Apostólica de Su Santidad Juan Pablo II relativa a las comunicaciones sociales

MANOS UNIDAS

RESUMEN DE LA CAMPAÑA XLVI (2005)

VICARÍA DE LA CORUÑA

CUATRO CAMINOS	24546,71
FARO	11071,88
MONELoS	8166,70
RIAZOR	6000,05
ARCIPRESTAZGO ABEGONDO	747,76
ARCIPRESTAZGO ALVEDRO	4537,33
ARCIPRESTAZGO BERGANTIÑOS	6749,46
ARCIPRESTAZGO BEZOUÇOS	5944,09
ARCIPRESTAZGO CERVEIRO	4677,54
ARCIPRESTAZGO LARACHA	15013,67
ARCIPRESTAZGO PRUZOS	2431,94
ARCIPRESTAZGO SEAIA	2777,45
ARCIPRESTAZGO XANROZO	1994,71
TOTAL ARCIPRESTAZGOS	94659,29

TOTAL ARCIPRESTAZGOS94.659,29

ARCIPRESTAZGOS DE LA CIUDAD A CORUÑA	53450,43
IGLESIAS Y CAPILLAS NO PARROQUIALES	29192,15
COLEGIOS	11373,76
Recaudación total de la Vicaría de A Coruña	135.225,20

ARCIPRESTAZGO DE ABEGONDO 747.76

SARANDONS	155.00
BRIVES	277.00
PALEO.....	109.00
QUEMBRE	28.83
CAÑAS	38.14
ABEGONDO.....	72.00
VIZOÑO	19.60
ORTO.....	13.40
CRENDES	34.79

ARCIPRESTAZGO DE ALVEDRO 4537.33

RUTIS	550.00
NOS.....	221.00
IÑAS.....	81.00
ANCEIS	69.21
ALTAMIRA	59.91
SIGRAS	188.71
CULLEREDO	765.00
SESAMO.....	123.00
CASTELO.....	189.00
TABEAIO-SERGUDE.....	145.00
ANDEIRO.....	93.00
SUMIO	43.00
CAMBRE-BREXO	2009.50

ARCIPRESTAZGO DE BERGANTIÑOS 6749.46

ARTES.....	200.00
BERDILLO.....	200.00
CARBALLO.....	614.56

RUS	300.00
CASTRO-CORISTANCO	351.00
SEAVIA-ERBECEDO	500.00
CEREO-VALENZA	348.90
OCA-XAVIÑA-TRABA	115.00
SOFAN	
Jesús Queijeiro García	
Autos Queijeiro	
ALDEMUDE	4120.00

ARCIPRESTAZGO DE BEZOUÇOS 5944.09

CAMOUCO	146.35
PERLIO	304.75
BARALLOBRE	187.16
PORTO	195.00
SILLOBRE-REGOELA.....	520.00
SOASERRA	120.00
FENE.....	671.53
MEHA.....	341.50
MUGARDOS	1522.30
EIRINES-CABANAS-SALTO	614.25
ARES-LUBRE	970.00
CERVAS	270.25
MANIÑOS	81.00

ARCIPRESTAZGO DE CERVEIRO..... 4677.54

SOÑEIRO.....	310.00
LUBRE.....	220.00
BERGONDO-MORUXO	276.00
BABIO-ROS.....	814.00
DEXO.....	265.00

LORBE	65.00
OUCES	210.00
OLEIROS	1000.00
VIXOY	60.00
VEIGUE-SADA	111.73
PRAVIO	53.46
CELA	39.15
CECEBRE	207.20
OSEDO-MOSTEIRON	456.00
SERANTES	90.00
LIANS	500.00

ARCIPRESTAZGO DE LARACHA 15013.67

MONTEMAYOR	220.00
LESTON	325.00
GOLMAR-SOUTULLO	180.00
LARIN	150.00
MONTEAGUDO	110.00
PASTORIZA	11796.97
NOICELA	452.18
CAYON	918.97
VILAÑO	218.69
LENDO	130.15
TORAS	130.02
SOANDRES-ERBOEDO	120.00
LOUREDA	261.69

ARCIPRESTAZGO DE PRUZOS 2431.94

DOROÑA	36.12
ANDRADE	101.11
VILLAR	23.16

GRANDAL	20.47
PONTEDEUME	740.00
CASTRO	120.00
BEMANTES	35.00
NOGUEIROSA.....	520.00
OMBRE.....	220.00
TABOADA	100.00
ADRAGONTE	206.00
VILAMOUREL.....	71.08
PADERNE.....	60.00
ARANGA.....	114.00
VERINS	20.00
MONFERO.....	45.00

ARCIPRESTAZGO DE SEAIA 2777.45

CORME-PORTO	261.56
COSPINDO.....	390.00
BRANTUAS	120.00
GRAÑA.....	110.00
TELLA	110.00
TALLO	84.59
PAZOS	104.31
ANLLONS.....	117.94
BUÑO-CAMBRE.....	280.00
LEILOIO	480.00
MALPICA	606.00
XORNES	84.00
LONGUEIRON.....	29.05

ARCIPRESTAZGO DE XANROZO 1994.71

COIROS	125.00
--------------	--------

LESA.....	46.00
ESPENUCA.....	28.00
SANTIAGO DE OIS.....	66.00
SANTA MARIA DE OIS.....	60.00
LIMIÑON.....	40.00
MONDOY.....	24.00
PORZOMILLOS.....	51.00
COLLANTRES.....	24.26
ARMEA.....	7.87
FERVENZAS.....	33.58
CAPILLA FERVENZAS.....	7.66
FEANS.....	9.24
TRASANQUELO.....	50.00
MUNIFERRAL.....	153.30
CARRES.....	1268.80

ARCIPRESTAZGO DE CUATRO CAMINOS 24546.71

SAN ROSENDO.....	1467.93
SAN BENITO.....	134.82
DIVINA PASTORA.....	5003.00
SAN PEDRO DE MEZONZO.....	2370.07
SAN LUÍS GONZAGA.....	3081.59
SAN PABLO.....	7489.30
SANTA LUCIA.....	5000.00

ARCIPRESTAZGO DE FARO 11071.88

SANTO TOMAS.....	1265.80
SAN JORGE.....	6009.63
CASTRENSE DE SAN ANDRES.....	600.00
SANTA MARIA Y SANTIAGO.....	461.61
SAN NICOLÁS.....	1736.64

MARIA AUXILIADORA	650.00
SAN JOSÉ	348.20

ARCIPRESTAZGO DE MONELOS..... 8166.70

SAN VICENTE DE ELVIÑA	1267.60
LA MILAGROSA	643.95
SANTA TERESA DE JESÚS	165.00
LOS SANTOS ANGELES.....	1000.00
FATIMA	990.00
SAN JUAN BAUTISTA.....	340.96
SAN FERNANDO	25.00
A RESURRECCION DO SEÑOR.....	1364.19
SANTA MARIA DE OZA.....	720.00
SANTA GEMA	550.00
NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN	1100.00

ARCIPRESTAZGO DE RIAZOR..... 6000.05

NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO.....	202.00
SANTA MARGARITA.....	1789.92
SAN MIGUEL ARCANGEL	289.00
LOS ROSALES	617.00
SAN PEDRO DE VISMA.....	133.13
SAN ANTONIO.....	570.00
SAN FRANCISCO DE ASIS	1289.00
SAN PIO X – SAN ROQUE.....	710.00
SAN FRANCISCO JAVIER.....	400.00

INSTITUCIONES RELIGIOSAS 29192.15

MISIONERAS CRISTO SACERDOTE	24000.00
RELIGIOSAS MARIA INMACULADA.....	378.00
SIERVAS DE MARIA	300.00

IGLESIA CALVO SOTELO	1100.65
CLARISAS DESCALZAS	90.00
CLARISAS CAPUCHINAS	100.00
HNAS. DE LA CARIDAD DE SANTA ANA	120.00
COLEGIATA DE SANTA MARIA	600.00
PADRES REDENTORISTAS	2278.00
CENTRO ED. ESPECIAL S. CORAZON	225.50

COLEGIOS – INSTITUTOS **11373.76**

COLEGIO CALASANZ FEMENINO	1750.00
COLEGIO FRANCISCANAS	175.00
COLEGIO HIJAS DE CRISTO REY	3981.00
HOGAR SANTA MARGARITA	394.35
COLEGIO HIJAS DE JESUS	3000.00
COLEGIO CALASANZ MASCULINO	880.00
COLEGIO SALESIANOS	1193.41

COMISARÍA DE TIERRA SANTA

Colecta del Viernes Santo de 2005

PARROQUIAS	TITULAR	CANTIDAD
Ares, San José y	Lubre, Sta Baia	315,00 €
Armeá,	San Vicente	3,55 €
Artes	San Xorxe	20,00 €
Arzúa,	Santiago	169,88 €
Asados,	Sta. Maria	100,00 €
Barrantes	San Andrés	80,00 €
Berdillo,	San Lourenzo	20,00 €
Bordóns,	San Pedro	56,00 €
Brandariz	San Miguel	23,25 €
Bugallido,	San Pedro (A Maia)	117,30 €
Burres	San Vicente	25,00 €
Caamaño,	Sta. Maria	50,00 €
Cacheiras,	San Simón	115,00 €
Calo,	San Juan...vs. Vimianzo, San Vicente	
Callobre,	San Martiño	32,74 €
Calvos de Sobrecamiño	San Martiño	15,00 €
Camariñas	San Xorxe	80,00 €
Camboño	San Xoan	60,00 €
Camelle,	Divino Espírito Santo	60,00 €
Campaña,	Sta. Cristina	32,70 €
Carballedo,	San Miguel	70,00 €
Carbia,	San Xoan	22,50 €
Castelo	Santiago	45,00 €
Castrelo	Sta. Mariña y Parada, S. Pedro	20,00 €
Castrelo	Santa Cruz	27,27 €
Cea,	San Pedro	72,00 €
Cée,	Sta. Maria da Xunqueira	381,35 €
Cerceda,	San Martiño	80,00 €
Cereixo, S. Xorxe	vs. Vinseiro, Sta Cristina	12,00 €

Codeseda,	San Xorxe	238,00 €
Collantres,	Divino Salvador	4,32 €
LA CORUÑA		
	Ntra. Sra del Carmen	300,00 €
	Ntra. Sra del Socorro	38,50 €
	Ntra. Sra. Divina Pastora	600,00 €
	Ntra. Sra la Milagrosa	464,65 €
	Ntra. Sra.Maria Auxiliadora	300,00 €
	Resurrección do Señor	71,42 €
	San Benito	133,37 €
	San Fernando	30,00 €
	San Jorge	246,59 €
	San Nicolás	468,00 €
	San Pablo	556,00 €
	San Pedro de Mezonzo	430,91 €
	San Pio X	176,00 €
	San Vicente - Elviña	19,00 €
	Sta. Maria y Santiago	135,00 €
	Santos Ángeles	160,00 €
	Santa Lucia	842,74 €
	Sta. Margarita	210,16 €
	Santa Gema	150,00 €
	Sto. Tomás Apóstol	140,00 €
	Visma, San Pedro	31,49 €
	Zona Pastoral Los Rosales	52,00 €
	Comunidad Neocatecumenal- Rosales	771,00 €
Corcubión,	San Marcos	134,23 €
Corrubedo	Sta. María	160,00 €
Costa	San Miguel	121,48 €
Culleredo	San Estebo	280,00 €
Cuntis,	Sta. Maria	100,00 €
Deixebre, Sta. Maria..	vs. Montaos, Sta. Cruz.	
Dorrón,	San Xoán	87,00 €
Enfesta	San Cristobo	176,13 €
Erboedo,	Sta. Maria...vs. Soandres	
Feas,	San Pedro	8,42 €

Fervenzas,	San Vicente	14,51 €
Forcarei	San Martiño	30,00 €
Goians	San Sadurniño (Portosin)	139,00 €
Gonzar	Sta. María de	35,00 €
Gres	Santiago	9,25 €
Iñas,	San Xorxe	20,00 €
Isorna,	Sta. Maria	37,45 €
Lagartóns,	San Estebo	13,30 €
Laiño,	San Xoán	150,00 €
Lamas,	San Breixo...vs. Rubín	
Lampón	Santiago	30,00 €
Laraño,	San Martiño	74,44 €
Lardeiros,	San Xulián	45,00 €
Laxe-Atalaia	Santa María	100,00 €
Leroño	Sta. Maria	168,75 €
Limión	Divino Salvador	19,00 €
Logrosa,	Santa Baia	75,00 €
Louro-Cordeiro,	Sta. Columba	175,00 €
Lubre, Sta. Baia	...vs. Ares, San José	
Malpica,	San Xulián	60,00 €
Marín,	Sta. Maria del Puerto	400,00 €
Marrozos,	Sta. Maria	88,37 €
Matalobos	Santa Baia	68,55 €
Meis	Divino Salvador	70,00 €
Meis	San Martiño	50,00 €
Mezozzo,	Sta. Maria	150,00 €
Millerada	San Mamede	30,00 €
Moaña,	San Martiño	90,00 €
Mondoí	Santa Cruz	8,00 €
Montaos,	Santa Cruz	79,89 €
Moreira,	San Miguel	48,24 €
Muros	San Pedro	105,00 €
Nebra,	Santa Maria	46,00 €
Negreira,	San Xulián	95,00 €
Nigoi,	Sta. Maria	10,00 €
Noia, San Martiño y	Obre,Sta. Mariña	75,00 €
Nos,	San Pedro	110,00 €

Obra	Sto. Tomé...vs. Brandariz	
Obre,	Sta. Mariña.....vs.. Noia	
Oins	San Cosme	30,00 €
Oleiros,	Santa Maria	50,00 €
Ollares	Santa Maria..vs. Salgueiros	
Olveira	Sta. María(Riibeira)	84,60 €
Ordenes	Sta. María	104,60 €
Orro,	Divino Salvador	18,07 €
Ouzande	San Lourenzo	68,55 €
	San Xenxo(años 2001 -	
Padriñán-Sansenxo	2004)	2.230,62 €
Palmeira,	San Pedro	51,00 €
Pantiñobre,	San Estebo	55,00 €
Parada	S. Pedro...vs. Castrelo	
Pastor	San Lourenzo	25,00 €
Poio	Divino Salvador	45,00 €
Pereira,	Sta. Baia...vs Montaos	
Pontecesures,	San Xulián	110,00 €
PONTEVEDRA		
	San Bartolomé	338,25 €
	San José	572,01 €
	Santa María la Mayor	350,00 €
	Lérez, Divino Salvador	50,00 €
Portosín,.....	vs..Goians, San Sadurniño.	
Porzomillos	San Pedro	10,00 €
Puente Caldelas	Santa Baia	100,00 €
Queiruga,	San Estebo	100,00 €
Rebordelo,	San Martiño	30,00 €
Reis,	San Cristobo	132,00 €
Ribela	Santa Mariña	65,00 €
Rubiáns,	Sta. Maria	40,00 €
Rubín,	Sta. María	52,09 €
Sabardes-O´Freixo	San Xoán	10,17 €
Sabrexo, Sta. María	...vs. Carbia, San Juan	
Sacos,	Sta. Maria	18,00 €
Sacos,	San Xorxe	11,00 €
Salgueiros,	San Pedro	25,00 €

Santa Comba,	San Pedro	510,00 €
SANTIAGO DE COMPOSTELA		
	San Francisco - Los Tilos	102,60 €
	Peregrina (A), Sta. Maria	15,00 €
	San Miguel dos Agros	250,00 €
	San Cayetano	100,00 €
	San Fernando	512,00 €
	San Pedro	130,00 €
	Santa Salomé	320,00 €
	Santa Susana - El Pilar	55,65 €
	Castiñeiriño, Ntra. Sra de Fátima	60,00 €
	Vidán, Divino Salvador	55,56 €
Seixo,	Ntra. Sra del Carmen	107,60 €
Sergude	San Breixo	81,23 €
Serres,	San Xoán	130,00 €
Sésamo	San Martiño	58,00 €
Sisán	San Clemente	50,00 €
Soandres, y	Erboedo, Sta Maria	30,00 €
Tirán,	San Xoan Bta.	210,00 €
Urdilde,	Sta. María	172,29 €
Vimianzo,	San Vicente	60,00 €
Xustans	San Martiño	50,00 €
Parr. sin identificar	(Pontevedra??)	50,00 €
Parr. sin identificar	(Combarro??)	98,00 €
TOTAL PARROQUIAS		20.445,59 €

COMUNIDADES RELIGIOSAS

RR.MM Agustinas		
Recoletas	(Betanzos)	60,00 €
RR.MM Agustinas		
Recoletas	(Villagarcia)	300,00 €
RR.MM. Benedictinas	(Santiago)	600,00 €
RR.MM. Clarisas	(Santiago)	250,00 €
RR.MM. Clarisas	(La Coruña)	260,00 €
RR.MM. Clarisas	(Pontevedra)	720,00 €
RR.MM. Clarisas		
Capuchinas	(La Coruña - Sta Cruz)	100,00 €

RR.MM.Carmelitas		
Descalzas	(Santiago)	1.000,00 €
RR.MM.Carmelitas		
Descalzas	(La Coruña)	400,00 €
RR. Siervas de Maria	(La Coruña)	265,00 €
Concepcionista de la Enseñanza	(Santiago)	100,00 €
Hermanitas Ancianos Desamp.	(La Coruña)	600,00 €
Franciscanas de la Madre del Divino Pastor	(Santiago)	450,00 €
PP. Jesuitas	(Santiago)	553,00 €
PP. Redentorists	(La Coruña)	195,00 €
	Colegio Calvo Sotelo - (La	
PP. Salesianos	Coruña)	95,10 €
PP. Franciscanos	(Santiago)	432,90 €
PP. Franciscanos	(Pontevedra)	1.160,63 €
PP. Franciscanos	(Herbón)	25,20 €
PP. Franciscanos	(Louro)	80,00 €
PP. Franciscanos	(Parroquia La Coruña)	300,00 €
PP. Franciscanos	(ParroquiaLouro)	90,00 €
PP. Franciscanos	(Noya)	300,05 €
Orden Franciscana		
Seglar	(La Coruña)	95,74 €
Donativos varios		
anónimos		520,00 €
S. A. M. I. Catedral	Santiago	649,01 €

TOTAL **9.601,63 €**

TOTAL DE LA COLECTA AÑO 2005

PARROQUIAS..... 20.445,59 €

COMUNIDADES RELIGIOSAS. 9.601,63 €

TOTAL DE LA COLECTA AÑO 2005 30.047,22 €

En nombre de la Custodia de Tierra Santa agradecemos a todos aquellos que han contribuido al éxito de esta Colecta Pontificia su generosidad en beneficio de la comunidad cristiana de Tierra Santa.

VIDA DIOCESANA

1.- Toma de posesión episcopal

Mons, Julián Barrio Barrio se hizo presente en la toma de posesión de los nuevos obispos de las diócesis de Orihuela-Alicante y de Las Palmas. Así, el día 21 de enero se desplazó a Orihuela para acompañar a Mons. Rafael Palmero Ramos, y el día 26 se trasladó a Las Palmas para asistir a la entrada de Mons. Francisco Cases Andreu.

2.- Iglesia de Ánimas

El domingo día 22 de enero el Sr. Arzobispo bendijo el órgano restaurado de la Capilla General de las Ánimas, en Santiago de Compostela. A continuación se celebró a cargo del organista Bruno Forst, el concierto inaugural organizado por la Asociación Musical Berenguela, que interpretó obras de Louis Claude Daquin, Dietrich Buxtehude, Johann Sebastian Bach y Antonio Mestres. El órgano, construido en 1880, fue restaurado por los hermanos Frederic y Yann Desmottes en sus talleres de Cuenca. La restauración fue financiada por el Consorcio de la Ciudad de Santiago.

3.- Semana de la familia en Pontevedra

Por séptimo año consecutivo, las parroquias del Arciprestazgo de O Lérez organizaron la "Semana da Familia", que en esta ocasión tenía por lema "Coidemos a Familia" y que se desarrolló del 22 al 28 de enero.

En el salón de actos del Pazo da Cultura de Pontevedra se pronunciaron dos conferencias: el lunes, día 23, se impartió la primera con el título "*Autoridade e non autoritarismo. Sen autoridade non hai madurez*", por el catedrático de psicología de la Escuela Universitaria Pública de Navarra, D. Emilio Garrido Landívar; el martes, día 24, tuvo lugar la segunda conferencia que llevaba por título "*Influencia dos medios de comunicación na*

educación da familia” y que fue pronunciada por Dña. Silvia Rozas Barrero, licenciada en Ciencias de la Información y Directora de los gabinetes de Comunicación del Arzobispado de Santiago de Compostela y de Educación y Gestión y la Federación de Religiosos de la Enseñanza de Galicia.

El jueves, día 26, la conferencia corrió a cargo del Excmo. y Rvdm. Sr. D. Manuel Sánchez Monge, Obispo de Mondoñedo-Ferrol, con el título *“A transmisión da fe na familia nunha sociedade plural”*. Esta conferencia tuvo lugar en el paraninfo del Colegio la Inmaculada de Marín.

También dentro de los actos de esta Semana de la Familia se celebró la Eucaristía en la Real Basílica Parroquial de Santa María la Mayor de Pontevedra, que fue presidida por el Sr. Arzobispo de Santiago, el sábado día 28.

4.- Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos

Bajo el lema *“Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt. 18, 20)”*, se celebraron diversos actos ecuménicos de oración, promovidos por la Delegación Diocesana de Ecumenismo: el día 20 de enero en la Iglesia Episcopal de Cristo en Pontevedra; el día 23 en la Iglesia de los PP. Jesuitas de A Coruña; el día 24 en la Iglesia de San Paio de Santiago (MM Benedictinas); y el día 25 en la Iglesia parroquial de Santa María del Puerto de Marín.

Completó los actos de este Octavario una conferencia pronunciada por D.^a Paz Garrido Redondo, profesora del Colegio Arzobispal de Madrid, bajo el título de *“Nuevas formas de espiritualidad y ecumenismo”*. Tuvo lugar el día 24 en el Aula Magna del Instituto Teológico Compostelano, y el día 25 en el salón de actos de la biblioteca municipal de Marín.

5.- Jornadas Sacerdotales

Entre los días 24 y 26 de enero tuvo lugar la primera tanda de Jornadas Sacerdotales organizadas por la Archidiócesis Compostelana en la Casa Diocesana de Ejercicios Espirituales de Santiago de Compostela, en Baio se celebró la segunda del 7 al 9 de febrero, y en Pontevedra la tercera del 14 al 16.

6.- Delegación de Pastoral de la Salud

El día 25 de enero se celebró, en la ciudad de Pontevedra, en el salón parroquial de la parroquia de San José, una charla de formación organizada por la Delegación de Pastoral de la Salud, bajo el lema "Los sacramentos en la enfermedad. Unción". El día 13 de febrero tuvo lugar en el Seminario Mayor de Santiago. Fueron pronunciadas ambas charlas por el Dr. D. Segundo Pérez López, director del Instituto Teológico Compostelano

El 14 de febrero, tuvo lugar una Mesa redonda en el Hogar de Santa Margarita, de la ciudad de A Coruña, sobre el acompañamiento en las residencias de la Tercera Edad. Participaron en ella la superiora de la Comunidad del Asilo de los Ancianos Desamparados de A Coruña; la directora del Centro de día San Carlos; la presidenta del movimiento Vida Ascendente y una residente de la Residencia La Ciudad, de Caixa Galicia.

7.- Festividad de Santo Tomás de Aquino

El Instituto Teológico Compostelano honró a Santo Tomas de Aquino con la celebración de la Eucaristía, presidida por el Director del mismo, Ilmo. Sr. D. Segundo L. López Pérez, en la Capilla General del Seminario Mayor; y a continuación el Prof. en la Universidad Pontificia de Comillas Dr. Ángel Cordovilla, pronunció en el Aula Magna del Centro Académico, la conferencia "*Hans Urs von Balthasar: ser teólogo para ser apóstol*". Dichos actos tuvieron lugar el 26 de enero

8.- Día de la Vida Consagrada

Mons. Julián Barrio Barrio presidió, el jueves 2 de febrero, en la SAMI Catedral de Santiago, la Misa con ocasión de la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, y la celebración del Día de la vida consagrada que tenía este año como lema "*Buscando sólo, y sobre todo, a Dios*".

9.- Jornadas de Pastoral de la FEREGA

La Federación de Religiosos de la Enseñanza de Galicia organizó unas Jornadas de Pastoral, bajo el lema "A vino nuevo, odres nuevos", en las que participaron cerca de mil educadores

gallegos, durante los días 3 y 4 en el Pazo de Congresos de Santiago. El Sr. Arzobispo tuvo una intervención en dichas Jornadas.

10.- Funeral por un sacerdote

El Sr. Arzobispo se desplazó, el 11 de febrero, a la parroquia de Santa María de Castro de Cabo de Cruz para presidir las exequias por el Rvdo. Sr. D. Francisco Chouza Somoza, fallecido el día anterior.

11.- Fiesta de Ntra. Sra. de Lourdes en A Coruña

Con motivo de la Fiesta de Ntra. Sra. de Lourdes y del día del Enfermo, D. Julián presidió la Santa Misa en la Parroquia de san Jorge de A Coruña. En ella participó también la Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes.

12.- Manos Unidas

El domingo 12 se celebró la campaña XLVII de Manos Unidas bajo el lema "Otro mundo es posible, depende de ti".

Se desarrollaron distintos actos en los días anteriores, así, el día 8 de febrero se celebró la Eucaristía presidida por D. Donato Dosil, consiliario de Manos Unidas y concelebrada por los misioneros P. Estévez (mercedario) y P. Santamaría (misionero Paúl), en la Iglesia de Santa Susana-El Pilar, en la ciudad de Santiago de Compostela.

Al día siguiente tuvo lugar una Mesa redonda: bajo el título "*Otro mundo es posible, depende de ti*", en el aula de Cultura de Caixa Galicia. Participaron los misioneros P. Estévez, P. Santamaría y P. Alejandro Canales y moderó D. José Pillado, colaborador de Manos Unidas.

El día 10 de febrero, Día del Ayuno Voluntario, en la plaza del Toural de la capital diocesana, tuvieron lugar una serie de actividades y se procedió a la lectura de un manifiesto de Manos Unidas.

15.- Misión Popular

Con motivo de la clausura de la Misión Popular realizada en el Arciprestazgo de Ribadumia, el Sr. Arzobispo presidió la Eucaristía final, el 18 de febrero.

16.- Eucaristía en Camdeda

El 19 de febrero, Mons. Barrio Barrio se desplazó a la parroquia de san Juan Bautista de Cambeda para celebrar la Santa Misa con motivo de la finalización de las obras en el templo parroquial.

17.- Conferencia Episcopal Española

Durante los días 21, 22 y 23 de febrero, se reunió en la sede de la Conferencia Episcopal la Comisión Permanente de la misma, de la que forma parte el prelado compostelano.

BIBLIOGRAFÍA

JOSÉ FERNÁNDEZ LAGO. OS NOSOS SANTOS. SANTIAGO DE COMPOSTELA, 2006.

Suscribimos la afirmación del Dr. Segundo L. Pérez López, prologuista de este libro: “a presente obra é froito dun traballo constante e feito a conciencia durante moitos anos, nos que o Profesor Fernández Lago se foi achegando ós lectores de “El Correo Gallego”, facéndonos familiar a vida de tantas persoas que na Historia da Igrexa e da Humanidade fan crible o Evanxeo de noso Señor”. Efectivamente este nuevo libro del Dr. Fernández Lago tiene su base en los artículos dominicales publicados en dicho diario compostelano. Pero el autor ha querido documentarse lo más posible para redactar la obra que nos ocupa. Como él mismo recuerda en el “Limiar”, recibió informes del hoy fallecido hermano marista Manuel Rodríguez para los santos gallegos; del P. Francisco Carvalho Correia, para los portugueses, y, de la comunidad benedictina de San Paio de Antealtares, para los de la Orden fundada por San Benito de Nursia. Pero la tarea fundamental la ha llevado a cabo el autor, consultando la abundante bibliografía que nos ofrece en las páginas 303-304.

Este libro sobre nuestros Santos viene a llenar un vacío en la Literatura Gallega. Es verdad que hace años el jesuita P. Jaime Seixas Subirá publicó un folleto sobre nombres de hombre y mujer en gallego; la siguió X. Henrique Costas González con otra relación del mismo formato; después el concello de Redondela financió otra publicación de formato menor; y, posteriormente, la Editorial “Ir Indo” imprimió el “Diccionario de nombres galegos”, hecho bajo la dirección del profesor Xesús Ferro Ruibal. Este Diccionario incluye unas notas históricas sobre cada uno de los santos que dan lugar a los nombres. Pero, además de que las publicaciones mencionadas no aparecen en librerías, hay que decir que el primero que escribe sobre santos y santas es el profesor Fernández Lago.

El título de la obra “Os nosos santos” tiene, como es lógico, un valor genérico. Santos nuestros son todos los santos; pero la

intención del autor, sin olvidarse de los bienaventurados no gallegos, ha tenido especial interés en escribir acerca de los nacidos en nuestra región, de los de la vecina nación portuguesa y de los relacionados con la Orden Benedictina como un homenaje del Capellán de las Benedictinas compostelanas a todas y a todos los canonizados que siguieron en vida el espíritu reflejado en la Regla de San Benito.

Pero no se ha limitado el Dr. Fernández Lago a recordarnos a los Santos que tradicionalmente vienen recibiendo culto desde tiempos más o menos pasados. Ha querido especialmente dejar constancia de los canonizados o beatificados en fechas más recientes, con lo que se puede concluir que nos pone casi al día en lo que se refiere al Santoral católico. Gracias a Dios, la santidad en grado heroico sigue siendo nota distintiva de la Iglesia, y, por consiguiente, el Martirologio crece cada año. Sin duda habrá que añadir suplementos a esta obra.

Podemos asegurar que las biografías contenidas en el libro responden a un escrupuloso rigor histórico, porque el autor, que busca la verdad en todas sus obras, ha querido esmerarse también en esta. Pero conviene recordar que la hagiografía, sobre todo en lo que se refiere a santos y santas de siglos lejanos a nosotros, puede haber sido adornada por la fantasía piadosa con datos que resulten menos aceptables. Ningún hagiógrafo puede liberarse de esta servidumbre, que, en definitiva, no daña a la noticia acerca de la santidad, que se mide por algo que no cae bajo la anécdota curiosa, sino que se mide por la innegable fidelidad de la mujer y del hombre a la gracia divina.

El carácter galaico del libro no se manifiesta sólo en la Lengua en la que ha sido redactado, ni en la preferencia por los santos nacidos en nuestra tierra, sino que se expresa igualmente en las noticias que nos da sobre santuarios, fiestas y romerías. Puede servirnos de ilustración de la querencia del autor por orientar a los lectores lo que escribe sobre san Bieito, en las páginas 174-175. o también la reseña sobre San Roque en las páginas 211-212.

Hemos de destacar la información sobre fiestas movibles, las que cambian de fecha porque están subordinadas a cualquier dato cronológico o a alguna celebración litúrgica. En el mes en que suele

tener lugar una de esas fiestas o solemnidades escribe el profesor Fernández Lago todo lo que nos ilustra acerca de la conmemoración que se hace. En la página numerada, pero que corresponde a la 147, encontramos la lista de esas celebraciones de la Iglesia.

Con el sentido jurídico de la Catedral como Iglesia Madre de las de la diócesis, menciona y comenta las conmemoraciones de la Dedicación de la Catedral Diocesana. Por ejemplo la de la Basílica santiagoense el día 21 de abril. Una efeméride que ofrece al lector la oportunidad de vivir en el corazón la unidad con la cátedra del Obispo diocesano.

Como escriturista de vocación y de dedicación ilustra algunas reseñas con textos bíblicos. Como ejemplos podemos acudir a las antífonas de la O, que se rezan en los días comprendidos entre el 17 y 23 de diciembre, incluidos ambos, las tres Misas de Navidad, o los pasajes bíblicos de la Conmemoración de los Fieles Difuntos.

Al final del libro hay un índice alfabético de santos y festividades religiosas que remite a la página en la que se da noticia de cada entrada. La obra aparece ampliamente ilustrada con fotografías hechas por Loli Martínez Caamaño y con una portada-retablo perfectamente lograda. Mérito editorial que el autor comparte con el Instituto Teológico, que ha incluido la edición en las de la Cátedra "Cardenal Quiroga" con el número 12 de la Colectánea Pastoral.

Es de justicia reconocer la laboriosidad del Dr. Fernández Lago, que con frecuencia nos conforta con una nueva publicación. Con ésta son ya quince las que ha puesto a disposición de los lectores. Cumple, sin estar obligado a ello, la función que el canon 398, del Código de Derecho canónico anterior al actualmente vigente, atribuía al oficio del Canónigo Lectoral. Lo hace oralmente y por escrito. En este libro recoge bellas historias; pero quiere que la nueva obra sea también un estímulo para no decaer ninguno de los creyentes en su vocación a la santidad.

J.P.L.

JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET, MEMORIA DE UNA VIDA: MANUEL REY MARTÍNEZ (1909-1974). ART. EN *COMPOSTELLANUM*, VOL. L, PÁGS. 13-82.

La revista Compostellanum, vinculada al Instituto Teológico Compostelano, cumple cincuenta años. Éste sería motivo suficiente para acordarse de su fundador y primer director, el M. I. Sr. D. Manuel Rey Martínez, Canónigo Lectoral de la Catedral compostelana y profesor de un buen número de los actuales miembros de nuestro Presbiterio. Pero hay otra razón para hablar de D. Manuel Rey: la influencia profunda que tuvo en la acomodación de los estudios eclesiásticos a los nuevos tiempos y a los cambios culturales.

El Canónigo Secretario del Excmo. Cabildo catedralicio y Profesor del ITC, así como Director Técnico del Seminario Menor, el Profesor D. José Leonardo Lemos Montanet, ha querido biografiar a esa figura del Clero diocesano a la que recordamos con admiración y gratitud. Es lo que viene haciendo otro miembro del claustro del ITC, el Dr. García Cortés, si bien este traza los rasgos biográficos de personas más alejadas cronológicamente, pero merecen igualmente de memoria hacerles justicia y para presentarlas como ejemplo.

No es fácil escribir sobre alguien que ha vivido en nuestros días y que tuvo una dimensión puramente diocesana desde que terminó sus estudios. Es escasa la perspectiva y las pocas fuentes recogen los nombramientos; pero no dan cuenta de las actuaciones consecuentes con los diversos encargos. Sin embargo, el Dr. Lemos Montanet ha sabido conjugar datos con circunstancias ambientales y nos brinda –Dios se lo pague– una historia personal bien completa de D. Manuel Rey.

Natural de Santiago de Compostela, hijo del Secretario Municipal, D. Manuel Rey inició sus estudios en el Seminario santiagués. De él pasaría al Pontificio Colegio Español de Roma para doctorarse en Filosofía y Teología, y licenciarse en Ciencias Bíblicas. Ordenado sacerdote en la Ciudad Eterna, se reintegró a nuestra Diócesis poco antes de que se posesionara el nuevo Arzobispo, Monseñor Muniz Pablos. Eran años difíciles políticamente. Pero también momentos complicados para los

Seminarios, alguno de los cuales, y entre ellos el nuestro, acababan de perder la condición de Universidades Eclesiásticas.

Para la lógica crisis y la necesaria acomodación del plan de estudios al de los centros civiles, el Arzobispo Muniz pensó en D. Manuel Rey. Gozaba de la confianza arzobispal, era querido y admirado por el Profesorado del Seminario y tenía preparación intelectual que garantizaba su labor. Puso manos al encargo, y los estudios de Humanidades se acomodaron en la práctica a los de Bachillerato, con lo que la preparación de los futuros Sacerdotes llevaba una base similar a la de cualquier carrera civil, y quienes dejaran el Seminario tenían más facilidades para encauzar su existencia por otro camino.

La primera tarea de D. Manuel Rey en el Seminario tuvo una doble vertiente. Por una parte, como Director de Disciplina, lo que ahora se dice Formador, atendía a la formación de las personas con la constante presencia del Director en su comunidad. Por la otra, comenzó su trabajo como docente, pasando por diversas asignaturas, pero con especial dedicación a las materias de su especialidad bíblica: Lenguas, Introducción General y Exégesis de los Libros Sagrados.

Hacia el exterior del Seminario, es de destacar el Catecismo que organizó en la iglesia conventual de las Madres Mercedarias Descalzas, equiparable al más famoso de Santiago que fue el de San Martín Pinario. Ambos fueron oportunidad para la formación religiosa de muchachos y muchachas de la ciudad de Santiago de Compostela y escuela de práctica catequética para los seminaristas. Aunque los sacerdotes no escaseaban, la juventud y preparación de D. Manuel hicieron que sobre él recayeran otros muchos cargos y que sus clases, sus conferencias y su actividad investigadora tuvieran que robar horas al descanso.

En el Seminario introdujo dos novedades muy necesarias: las excursiones, una de las cuales le causó un gran disgusto por el naufragio en la ría de Noya, y los cursillos de verano, con los que se hacía un corte en las excesivamente largas vacaciones veraniegas y se llenaba el tiempo con actividades de toda índole: conferencias, deporte y teatro. Para implicar a los alumnos en todo ello, creó distintas comisiones organizadoras, cuya responsabilidad recaía sobre alumnos de los cursos superiores.

Al lado de D. Manuel Rey estuvo, también como Director, éste de las comunidades inferiores, D. José Pérez Rajoán, el impulsor benemérito de la formación musical. Entre ambos dieron a las celebraciones litúrgicas el tono requerido por el honor debido a Dios y las constituyeron en gimnasio para todos los participantes, que, aun no contando después en su vida pastoral con los mismos medios, iban descubriendo la dignidad con que es obligado llevarlas a cabo.

La llegada de Mons. Quiroga Palacios a Santiago de Compostela y el encuentro con su compañero de Roma abrió nuevas esperanzas en la Diócesis. Se pensaba en recuperar un día la Facultad de Teología. para ello se restauró el edificio de San Martín Pinario, se renovó la Biblioteca y se fundó la revista "Compostenallum", estímulo para la acción investigadora del profesorado, medio para dar a conocer la actividad intelectual del Clero y vehículo comunicador de avances en las ramas filosófica, teológica y canónica, y, al mismo tiempo, palestra para el desarrollo de los estudios jacobeos. En esta misma línea estaba el proyecto de formación de una biblioteca especializada en asuntos relacionados con el culto a Santiago y la peregrinación.

La vinculación de D. Manuel Rey a la Acción católica como Consiliario impulsó la puesta en marcha de una realidad deseada para la formación de los seglares: el Instituto de Cultura Religiosa Superior, cuyo primer Director fue el mismo D. Manuel Rey, con quien colaboraron los más acreditados eclesiásticos.

Nota el Dr. Lemos dos vacíos en la biografía de D. Manuel Rey. El primero, la no elaboración de su tesis en Ciencias Bíblicas, a la que había dedicado un año en Roma. Para una tesis doctoral en esta materia no llegaban los nueve meses romanos, que imponían, además, la asistencia a las clases del curso de doctorado. La segunda pregunta que se hace el biógrafo es por qué no llegó a obispo Don Manuel. Esa esperanza estuvo siempre en los que le conocimos y admiramos. La respuesta a esta interrogante es una sola: la envidia de otros, que no veían bien que progresara Rey Martínez. A ello hay que añadir que el candidato de muchos decenios no se mantuvo dentro de un fanal que le privara de atisbos para una información obligadamente positiva.

No podemos menos de estar de acuerdo con el biógrafo, que ha hecho un trabajo que parecía imposible, cuando escribe que D. Manuel Rey se adelantó a su tiempo. Se preocupó de dignificar el domingo antes de que el Vaticano II y los estudios posteriores subrayaran la importancia de la celebración dominical. Proyectó un Octavario por la unión de los Cristianos cuando era sólo preocupación de unos pocos. Contribuyó a la estimulación de las vocaciones sacerdotales. Dejó en múltiples lugares muestras de preparación, elocuencia y generosidad que no sólo le daban fama a él, sino que también repercutía en el Clero en general.

Estamos seguros de que estas páginas biográficas escrita y firmadas por el Doctor Lemos Montanet van a constituir un motivo de satisfacción para muchos sacerdotes que nos debemos al magisterio de Don Manuel. Para el Cabildo compostelano son una aportación digna de agradecimiento, porque traen al recuerdo de sus relevantes figuras de la última parte del siglo XX. Se reconoce en el estudio la falta de puntualidad de D. Manuel Rey y su causa se atribuye a la carga de trabajo que tenía el biografiado. Aquí nos mostramos en desacuerdo con el investigador. La impuntualidad de Rey Martínez era congénita. Es una imperfección menor que no resta mérito al maestro a quien recordamos con veneración.

J.P.L.

XOSÉ A. SANTIAGO (COORD.), CELESTINO GARCÍA ROMERO, UN XESUÍTA DE BOIRO. *CADERNOS CULTURALS*, 5, BOIRO, 2005.

Cumpliouse el año pasado es sesquicentenario del nacimiento del boirense P. Celestino García Romero, de la Compañía de Jesús, y el ayuntamiento de Boiro quiso conmemorar los ciento cincuenta años transcurridos desde la venida al mundo de este hijo distinguido con un acto académico en el que intervinieron el investigador del centro "Ramón Piñeiro" D. Xesús Ferro Ruibal; el catedrático de la Universidad compostelana Dr. Fernando Acuña Castroviejo; el canónigo Archivero-Bibliotecario de la Catedral de santiagoense, M. I. Sr. D. José María Díaz Fernández; y el pariente del homenajeado D. José Antonio Santiago. Los textos de las intervenciones, el biográfico a cargo del Sr. Santiago ha sido ampliado, se recogen en un tomito de ciento diez páginas, cuya edición ha corrido a cargo de la Concejalía de Cultura de Boiro, cuyo titular es D. Xavier Cortés. Antes de la celebración de este reconocimiento oficial del hijo distinguido ya se había organizado un homenaje por parte de la asociación "O Faiado-2" cuya presidencia ostenta D.^a María Luisa López. Una placa en la casa natal recuerda la cuna familiar del P. Celestino.

En otra ocasión hicimos referencia en estas páginas al P. Celestino, cuando se publicó su manuscrito "Infierno y Gloria", cuya edición facsímil apadrinó SEPT. Recordemos que el P. Celestino, que primero fue sacerdote diocesano y que poco después, "con ardente desexo de mellorar espiritualmente", como él mismo dijo, ingresó en la Compañía de Jesús. A Coruña, Camposancos y Santiago de Compostela fueron sus destinos más importantes. En la ciudad del Apóstol dirigió varias asociaciones y ejerció como Confesor en la iglesia propia y en la Catedral. Como recuerda D. José María Díaz, fue confesor, entre otros canónigos, de Solís y García Barros, que fueron luego Obispos de Mondoñedo y Palencia, respectivamente. Su dedicación preferente fue el Catecismo de San Martín, el más famosos del momento y en cuya nombradía tuvo una gran parte el P. Celestino. Sintió un atractivo especial por las gentes del campo a cuyo desenvolvimiento contribuyó.

Del P. Celestino quedaron trabajos que los participantes en el acto celebrado en Boiro pusieron de actualidad. En primer lugar, el profesor Acuña recuerda que fue un buen intérprete de textos epigráficos y que acertó en su estudio sobre la población santiaguesa previa al enterramiento del apóstol Santiago. Destaca especialmente el Dr. Acuña dos trabajos del P. Celestino: uno sobre un altar existente en el coto de Amoreira y otro sobre las relaciones atlánticas de Galicia. A éstos hay que añadir otros, como el análisis del modio de Ponte Puñide. Afirma el profesor que el jesuita gallego estaba al día en publicaciones de tema arqueológico.

Por su parte el profesor e investigador D. Xesús Ferro hace un estudio pormenorizado del inédito “Sobor do antigo linguaxe do pobo gallego”, en el que el P. García Romero hace hipótesis acerca de palabras gallegas que no provienen del Latín y que sospecha que son prerromanas. Aunque dejó escrito que este trabajo suyo no se publicara hasta después de su muerte, él mismo dio a conocer algunas de sus páginas en una revista orensana. Pudo haber influido en la gestación de este estudio la Cova Céltica, en la que figuraban preclaros galleguistas del momento. Ferro Ruibal, al manifestar su opinión sobre el estudio del P. Celestino, recuerda que, según el estado actual de la investigación, se sabe que muchos vocablos que el boiriense atribuye a una lengua prerromana “son comúns a todo o Latín cristián e medieval, ou son resultado pan-romance, ou son fenómeno relativamente moderno”. Pero cree que el estudio del P. García Romero “é posiblemente o primeiro tratado de onomástica prerromana de Galicia, e, como primeiro tanteo, non está mal para o seu tempo”.

El canónigo Archivero-Bibliotecario de la Catedral, D. José María Díaz Fernández, nos informa sobre los escritos y los libros de López Ferreiro que al principio estuvieron en la casa compostelana de la Compañía de Jesús y supone que la hermana del historiador, doña Concepción, los dejó a los Jesuitas, tal vez por indicación de D. Antonio y éste les daría ese destino por afecto a su antiguo alumno y acaso porque en los miembros de la Compañía encontraba ayuda espiritual. Para el Archivero catedralicio hay dos tareas que es obligado llevar a cabo: la historia del Catecismo de San Martín y la de las Escuelas Dominicales.

Encontramos en este volumen la lista de las publicaciones de García Romero: un total de cincuenta y ocho. Hay varios inéditos, como el estudio sobre la Lengua Gallega, del que ya hemos hablado; el drama “la Señá Tiburcia”; el drama “Liberata” y poesías en Gallego y en Latín. Como apéndice del libro se reproducen el texto de un estudio sobre nuestros montes, el himno a Galicia en Gallego y en Italiano; “Os Reises en Comoxo”; “Un templo primitivo en el coto de Amoreira”; el cuarto capítulo de “El Gallego y el Latín”; y el acta notarial de la fundación de la capilla del Salvador de Comoxo, con el fin de facilitar el cumplimiento del precepto dominical a vecinos alejados de la iglesia parroquial.

El hombre que iba para franciscano, y su padre no le autorizó, se hizo luego sacerdote diocesano y en seguida jesuita dejó una estela de bondad y de amor a Galicia, expresados en su vida pastoral y en sus estudios e investigaciones. Ahí quedan los retos para que se den a conocer los inéditos y podamos todos saborear el pensamiento del P. Celestino García Romero, SJ.

J.P.L.